

*El
amor
te encuentra*
Annabeth Berkley



El amor te encuentra

ANNABETH BERKLEY

© 2020, Annabeth Berkley

ISBN: 9798740261423

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti: Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «*Una pasión escondida*» de la serie Edentown, en este enlace: <http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

Disfruta de la lectura ¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

Con todo mi cariño para esas personas que saben lo que quieren y van a por ello.

Las pasiones son como los vientos, que son necesarios para dar movimiento a todo, aunque a menudo sean causa de huracanes.

Bernard Le Bouvier de Fontenelle

El amor te encuentra

Tess McVee resopló cuando llegó frente al hotel rural que su hermana le había recomendado, en un pueblo perdido de la región vinícola de Georgia. Creía que no iba a llegar nunca. Se había perdido dos veces intentando encontrar la carretera que le llevaría a Dahlonega y sentía un enfado tan grande que no se aguantaba ni ella.

Quitó la llave del coche y su cuerpo se estremeció por la baja temperatura. Hacía frío y solo quería meterse bajo la ducha para entrar en calor y librarse del cansancio de tantos kilómetros en el cuerpo y más de seis horas al volante.

Intentó calmar su frustración como le habían aconsejado en la terapia para aprender a gestionar sus emociones de la que acababa de salir. Esperaba ver los resultados en breve.

Respiró profundamente un par de veces y trató de comprender «lo que las emociones querían decirle». ¿Qué querían decirle? Tess no encontraba otra explicación: Que eso le pasaba por confiar en su hermana, resopló de nuevo.

Pensó en Sharon. Siempre estaba sonriendo, siempre parecía feliz... y, por lo visto, para ella, tomarse un tiempo para replantearse la vida se reducía a aislarse de la civilización. ¿Por qué había hecho caso a su sugerencia?

Salió del coche dando un portazo.

Se tenía que haber recluso en un resort de cinco estrellas en Hawái, pensó. Allí no sabía si hubiera podido reflexionar mucho, pero hubiera contado con más comodidades y el clima seguro que sería más cálido. Ya era tarde para eso. Murmuró entre dientes unos cuantos improperios malsonantes, maldiciendo la idea que había tenido su hermana.

Ahí estaba y ahí se iba a quedar hasta que supiera qué hacer con su vida. No iba a volver a casa hasta que no tuviera una idea clara sobre hacia dónde dirigir sus pasos. Bastante humillada se había sentido ante su familia como para regresar igual de avergonzada que se había ido.

Sacó su equipaje del maletero antes de dirigirse a la puerta. Era un pintoresco hotel de tres plantas pintado en color claro, rodeado por un pequeño jardín, vacío de flores, por la época en la que estaban. Supuso que no tardaría en llenarse de calabazas de Halloween, que se celebraría en un par de semanas. ¿A quién le gustaba Halloween?, murmuró molesta. Volvió a resoplar. Así, quejándose por todo, no podía seguir, se recriminó.

Se obligó a dejar ir la frustración y el enfado que sentía. Cogió aire con intención de encontrar el lado positivo y disfrutar de su estancia, como sabía que tenía que hacer para empezar a sentirse mejor. La teoría del curso al que había asistido se la sabía de memoria y parecía ser momento de aplicarla. Seguro que todo iría bien y una ducha caliente la estaba esperando para acabar de llevarse toda la decepción y la apatía que sentía, se animó.

El calor del acogedor hotel la abrazó nada más entrar la puerta y Tess lo agradeció. Parecía que las cosas se arreglaban. Un pequeño recibidor le daba la bienvenida, aunque había delante de ella media docena de personas de diferentes edades. Todos parecían estar esperando la llave y

ninguno parecía tener prisa.

Tess resopló de nuevo, molesta. Miró hacia la sencilla recepción. Un hombre con camisa vaquera parecía que estaba intentando organizarse revisando varios papeles de diferentes tamaños a la vez, mientras cogía las llaves de las habitaciones.

Miró a su alrededor. Una pequeña salita en color crema, con estampados florales en los sillones y una pequeña mesa de madera de caoba, se abría a uno de los lados. Había que reconocer que daba la sensación de que el hotel era agradable, aunque la espera no lo resultara tanto.

Cuando después de un rato esperando, fue su turno, la poca paciencia que le quedaba y que, de por sí, tenía, se había agotado.

—¿Su nombre? —le preguntó sin mirarla el hombre que tenía sentado tras el desordenado mostrador.

—Tess McVee —le respondió seria.

Nathan Murray asintió buscando entre los papeles que había sobre la mesa. La recepcionista se había puesto de parto hacía dos días, dos meses antes de lo esperado, sorprendiéndoles a todos. No habían tenido tiempo de contratar a nadie ni formarlo para el puesto, así que él había asumido el cargo, suponiendo que no sería tan difícil. Y, probablemente no lo era, si no hubiera sido porque no le gustaban en absoluto las gestiones administrativas, y mucho menos las informáticas.

Después de dos frustrados intentos de trabajar con el ordenador y entender el programa instalado para las reservas, había optado por la solución más tradicional y la más sencilla para él. El papel y el bolígrafo. Cuando Lucy volviera ya se encargaría de pasar al ordenador lo que hiciera falta. Lo malo era que no terminaba de aclararse con sus propias notas ni con un intento de cuadrante que había improvisado para asegurarse de no colocar a nadie en una habitación equivocada.

—Aquí está —exclamó aliviado cogiendo la llave asignada—. Es la habitación 211.

Levantó la vista para dársela y se sorprendió de ver ante él a una mujer preciosa y parecía que muy enfadada. Su cabello largo y castaño enmarcaba un rostro alargado de nariz pequeña y expresivos ojos de color avellana.

Tess no se esperaba que el hombre que le tendía la llave y que se había levantado al mirarla fuera tan alto y atractivo. Ojos claros, cabello corto castaño, mandíbula cuadrada y nariz recta. Le sorprendió gratamente. Era más alto que ella, ancho de hombros, parecía delgado, aunque la camisa vaquera no le daba demasiada información. Por lo menos, era agradable de mirar, algo que agradecer después de un largo viaje.

Le cogió la llave, ridículamente grande, que no parecía tener intención de soltar.

—Nathan Murray —se le presentó soltando finalmente la llave—. Avíseme si necesita cualquier cosa.

—Lo tendré en cuenta —le respondió firme.

No estaba allí para hacer amigos, se recordó.

—Bienvenida a Dahlonga —le dijo con una sonrisa que casi le quitó el aire.

Tess asintió obligándose a dejar de mirarlo. No quería saber nada de ningún hombre por muy guapo que fuera. La última relación que había tenido había supuesto una experiencia muy desagradable y casi había terminado con sus relaciones familiares.

El muy cretino la había utilizado para conseguir información de su propia empresa y robarle clientes. Se había sentido tan estúpida... A eso había que añadir que su padre solo contaba con su hermana para la dirección del negocio familiar. Esos dos golpes simultáneos habían sido demasiado para ella y su escasa paciencia y confianza.

Se había despedido por orgullo y ahora estaba allí, en mitad de Georgia, sin trabajo, sin pareja y sus expectativas se reducían a una ducha con agua caliente.

Nathan la vio dirigirse al único ascensor que tenía el hotel. Era alta y estilizada, y tenía bastante carácter a juzgar por la rabia que escondían sus ojos y que, esperaba no se la hubiera producido el tiempo de espera frente a la recepción. Una mujer así podría hacer lo que quisiera con un hombre, pensó.

La vio llamar impaciente al ascensor. Nathan se le acercó para apretar el botón por ella.

—Quizá alguien se haya dejado la puerta abierta —le comentó despreocupado.

Tess le miró. De cerca era más alto de lo que le había parecido y también más atractivo. Por su estatura, Tess pocas veces encontraba a hombres con los que necesitara levantar la mirada para hablar. Además, percibió que olía a algún perfume caro.

—Vamos —le dijo él cogiéndole la maleta grande sin esfuerzo—. La acompañaré a su habitación.

Empezó a subir por las escaleras que había junto al ascensor. Tess resopló más alto de lo que esperaba sin soltar su maleta de mano, y Nathan se giró para mirarla divertido.

—¿Ha sido un largo viaje? Aquí descansará bien —le aseguró antes de seguir subiendo.

Tess le siguió bastante molesta. No le apetecía nada subir escaleras. Si hubiera querido hacer ejercicio se habría quedado en su casa, con el gimnasio, al que iba a diario, a cinco minutos. Menos mal que las vistas no estaban mal, pensó fijándose en los pantalones vaqueros del hombre que subía delante de ella.

Cuando llegaron a la segunda y última planta del hotel, Nathan cerró la puerta del ascensor que se había quedado medio abierta inutilizándolo.

—Problema resuelto —le dijo antes de mirarla y darle opción de caminar delante de él por el acogedor pasillo que terminaba en la puerta de su habitación.

Nathan sonrió cuando ella pasó por delante de él. Ahora era su turno de apreciar sin disimulo su bonito cuerpo enfundado en un abrigo oscuro. No le había visto alianza en el dedo ni señal de ella, y aunque hacía mucho tiempo que no tenía ninguna relación, desde su desagradable divorcio, no le importaría cenar con ella algún día... aunque para eso, tendría que encontrar a alguien que se encargara de la recepción.

Tess abrió la puerta de su bonita y cálida habitación y cuando fue a girarse para cogerle el

equipaje a Nathan, él la esquivó para entrar y llevar la maleta junto a la cama de matrimonio.

—Espero que disfrute de su estancia aquí, señora McVee.

—Señorita —le corrigió ella dándose cuenta inmediatamente después, a juzgar por la sonrisa de él, que había sido un gesto intencionado para enterarse de su estado civil.

Nathan le sonrió abiertamente y de una manera muy atractiva.

—El desayuno es de ocho a nueve y bajando por la calle principal encontrará restaurantes y bistrós de todo tipo. Espero que me deje invitarla a cenar algún día.

Tess abrió la boca sorprendida por el atrevimiento y la arrogancia del empleado.

—No tengo intención de cenar con usted —no recordaba su nombre—, pero tenga por supuesto que le voy a hablar a su jefe de su falta de profesionalidad invitándome a cenar.

Nathan la miró sonriendo. Esa mujer tenía carácter y eso le gustaba, y decía las cosas claras, algo que todavía le gustaba más.

—Si tuviera jefe no dudo de que aprobaría mi gusto y mi atrevimiento, señorita McVee —le respondió saliendo de la habitación con la misma seguridad con la que había entrado.

Tess se quedó parada mirándolo hasta que se cerró la puerta. Lo cierto es que ese hombre no parecía ser de los que se dejaban dirigir, más bien todo lo contrario. Sacudió la cabeza. Le daba igual que fuera el dueño de ese rústico hotel. Solo quería meterse bajo la ducha.

La habitación no era de su estilo, pero supuso que encajaba con todo el hotel. La colcha que había sobre la cama iba a juego con las floreadas cortinas y sus muebles de madera oscura destacaban sin romper la armonía que les rodeaba. Abrió la maleta, colgó la ropa en las perchas y se recogió su largo cabello, decidida a relajarse con una ducha bien caliente.

El agua empezó a resbalar por su piel. Muy caliente, lo mejor para templar su cuerpo. Luego se daría una vuelta por el pueblo, pensó. Quizá empezara a leer la novela que se había llevado... el agua empezó a resbalar tibia. Frunció el ceño y se enjabonó el cuerpo con rapidez... Cuando salió de la ducha helada, se envolvió en una toalla con un enfado monumental. Más le valía al engreído del hotel arreglar las tuberías y no pensar en invitar a cenar a nadie. Y se lo iba a decir en ese mismo momento.

Bajó por las escaleras notando como su enfado aumentaba por momentos. No soportaba la mediocridad y la nula responsabilidad que algunas personas tenían. Había pagado por estar relajada y tranquila en un hotel y qué menos, que el agua caliente estuviera incluida en el servicio. Le parecía intolerable que tuviera que reclamar algo tan básico.

—¿Podría hacer el favor de arreglar las tuberías? El agua sale helada —exclamó plantándose frente a él en la solitaria recepción, envuelta simplemente con la toalla blanca anudada sobre su pecho.

Nathan se sobresaltó al oírla, pero al verla su sonrisa empezó a dibujarse en su cara. Llevaba el cabello recogido, despeinado y sexy, y sus brillantes ojos echaban chispas de indignación. La sencilla toalla, cubriendo su estilizado cuerpo no facilitaba tener la mente clara para pensar en lo que le estaba diciendo.

—¿Se está riendo de mí? ¡Esto es el colmo! Incompetente.... —volvió a subir por las escaleras con su frustración acompañándola.

—Doy el aviso ya mismo, señorita McVee... —murmuró Nathan siguiendo con la mirada a la preciosa y malhumorada joven de piernas largas.

Pese a no haber podido dejar de pensar en ella desde que la había acompañado a la habitación, aún no se la había imaginado recién salida de la ducha, con algunas gotas salpicando su delgado cuerpo y oliendo a flores y vainilla. La realidad superaba la ficción, pensó cuando dejó de verla y oyó el portazo en el segundo piso.

Le podía haber cedido su ducha si hubiera sido capaz de reaccionar, pero la impresión le había dejado casi sin habla. ¿Qué tenía que hacer? Ah, sí, llamar a quien llevara el mantenimiento de la fontanería... ¿Quién era? Miró todos los papeles que había sobre la mesa. Por ahí, seguro que no encontraba nada. Quizá en algún cajón. Empezó a buscar algún listado de gremios.



Tess escogió unos pantalones vaqueros, un jersey de color burdeos y unas cómodas botas sin tacones para dar un paseo por el pueblo. Reinventarse requería tiempo libre para pensar y sospechaba que hasta le iba a sobrar. Resopló. Otra vez se sentía enfadada con el mundo e incómoda. Cogió el abrigo y su amplio bolso y salió dispuesta a conocer el lugar.

No vio a nadie en la recepción así que dejó la llave junto al teléfono que había en una esquina de la mesa. Resopló ante el desorden de papeles y el montón de pequeñas notas escritas. Pensó en cómo llevaría la contabilidad y casi se estremeció al imaginarlo.

El ritmo rápido que llevaba al salir del hotel fue volviéndose más lento conforme paseaba por las bonitas calles de Dahlonega. Acogedores y románticos restaurantes, edificios con placas conmemorativas, tiendas con encanto, degustaciones de vino... Había que reconocer que el sitio era bonito, pero solo para unos días, pensó. Lo justo para saber qué hacer con su vida.... Aunque no sabía por dónde empezar a plantársela...



Cuando volvió al hotel poco antes de anoecer, la recepción estaba llena de personas. El espacio no era muy grande, y afortunadamente estaban todas de buen humor, porque el hombre no parecía encontrar nada, o no sabía ni cómo organizarse. Su cara, además, tenía el ceño fruncido y

parecía completamente distraído mientras le hablaban.

Ella no tenía tanta paciencia como los demás clientes. Su hermana Sharon probablemente hubiera sonreído y se habría dado otro paseo para aprovechar el tiempo. Pero ella tampoco tenía su temple ni su talante.

Tenía que dejar de pensar en su hermana. Sabía que no había tenido la culpa de la decisión tomada por su padre, pero era siempre tan afortunada en todo... Resopló.

Pidiendo permiso para pasar llegó hasta la recepción. Se quitó el abrigo dejándolo sobre la única silla que había y de un vistazo se hizo un mapa mental de la situación. La mayoría de las llaves estaban desordenadas en una caja, aunque algunas estaban colgadas en el armario utilizado de diario para eso. En varios papeles sueltos figuraban los nombres de los clientes con el número de la habitación asignada.

Tess miró al hombre que daba vueltas a los papeles. Realmente parecía preocupado por algo serio, y eso no le parecía que tuviera tanta importancia. Aunque quizá fuera de los que se ahogaban en un vaso de agua... con lo atractivo que era... reconoció al tenerlo tan cerca.

—A ver, dime qué llave necesitas —le pidió volcando sobre la mesa las llaves y colocándolas con precisión y rapidez por orden numérico.

El hombre, apurado, empezó a pasar las hojas que tenía en las manos con los diferentes nombres anotados. Ella se las cogió en un momento y las ordenó por orden alfabético.

Conforme se acercaban los clientes, encontraban su nombre y le podían dar la llave. En un momento despejaron la recepción.

Cuando se quedaron a solas, Tess cogió su bolso, su abrigo y su llave y le miró seria.

—¿De verdad te parecía tan difícil?

Nathan la miró confundido con una media sonrisa. No sabía muy bien qué había ocurrido. Solo recordaba que se había metido en el ordenador, en la banca online de su negocio, y había descubierto que tenía mucho menos dinero de lo que se suponía que debía tener. Había pasado horas buscando, rebuscando, pero entre que no entendía la mitad de lo que veía, no le gustaban los ordenadores y le había entrado dolor de cabeza, se había bloqueado del todo. Encontrarse a todos los clientes en la recepción a la vez, cuando mentalmente estaba en otra cosa lo había superado.

—Vayamos a tomar algo —le dijo mientras un chico joven entraba por la puerta—. Necesito que me dé el aire. Jonah, la recepción es toda tuya. Si no entiendes algo, lo hablamos cuando vuelva.

Tess no pudo negarse. Nathan le había cogido con suavidad del brazo y la sacaba por la puerta, segundos después de haber cogido su anorak oscuro. Se lo puso en la calle mientras sentía el aire frío en la cara. Estaba intentando dejar de pensar en la banca on line. Seguro que habría alguna explicación, o él no había sabido qué tecla apretar.

—No sé si voy a ser una buena compañía —le avisó Tess sabiendo que le había invitado solo para distraerse, en su propio beneficio.

No tenía nada mejor que hacer, pero no le gustaba que se aprovecharan de ella, y menos tan directamente.

Nathan la miró sonriendo. Sus ojos ya no echaban chispas. Sin duda, pasear por el pueblo le había sentado bien.

—No sé muy bien qué ha pasado ahí dentro, pero gracias —le dijo masajeando su frente mientras caminaban hacia la calle principal—. Estaba bloqueado y no suele pasarme muy a menudo.

—¿Quieres algo para el dolor de cabeza?

—¿Tienes?

Tess asintió sacando de su bolso una tableta de aspirinas y una pequeña botella de agua.

—También tengo pastillas para la ansiedad, pero esas van con receta médica.

Nathan la miró extrañado.

—¿Estás bien?

—Una mala temporada de la que prefiero no hablar—resumió Tess tajante viendo como él se tomaba la aspirina.

—No llevo mucho tiempo dirigiendo el hotel—se excusó.

—¿No me digas? —le preguntó irónica arrepintiéndose de inmediato.

El hombre no tenía la culpa de que ella estuviera resentida con los hombres en particular y con el mundo en general.

Nathan sonrió pasándose la mano por la cabeza.

—Podía haber sido peor, seguro... ¿Qué te trae por aquí, Tess?

—Bueno, es una historia que prefiero no recordar —se sinceró—. Pero necesitaba un cambio de aires y aquí estoy.

Nathan asintió.

—¿Has cenado? Vayamos a cenar una hamburguesa al *Alli's Burguer*. Otro día te llevo al *Joe's Bistro*, pero ahora mismo necesito algo contundente y rápido... —la miró arrepentido—. También hay ensaladas...

Tess le miró sorprendida. ¿Ensaladas?

—Yo también comeré una hamburguesa —le dijo molesta con la actitud machista.

Nathan asintió. Con esa figura tan estilizada le parecía imposible que comiera algo más que ensaladas y semillas.

—Mejor, así compartiremos las patatas. Tienen variedad de salsas. La barbacoa está buena, y la de mostaza y cebolla dulce también.

Tess se dejó llevar a una hamburguesería alegre y colorida. Había más gente de la que se esperaba encontrar, todos hablando animados con música pop sonando de fondo.

—Mañana podemos hacer senderismo por el bosque —le propuso Nathan mientras se sentaban—. Hay unas cascadas no muy lejos que seguro que te gustan.

—No me gustan mucho los campos, ni los bosques, ni la vida al aire libre —le confesó.

—Pues de remar en canoa o los kayaks ni hablamos ¿no? —le sonrió divertido.

Tess le miró con una mueca asustada. Ni por casualidad se había planteado nunca algo así.

—¿Entonces cómo acabaste aquí?

—Sugerencia de mi hermana —le respondió con una mueca.

Que no sé por qué le hago caso, pensó. Era fácil imaginarse a Sharon haciendo senderismo con su cámara de fotos, montando en canoa o perdiéndose por el bosque, pero ella era una chica de ciudad. Muy de ciudad, se recordó. Debería haberse ido a Hawái.

—Bueno, pero ya que estás aquí, déjame que te enseñe los viñedos, las bodegas o la feria de artesanía por lo menos.

Tess se encogió de hombros. No quería compromisos ni obligaciones ni siquiera tener una cita con un hombre, aunque fuera tan guapo y atento como el que tenía frente a ella.

—Mañana pensaba ir al Spa —le comentó despreocupada—. He visto en los folletos que había uno con buenas recomendaciones.

—Perfecto. Yo tengo que hacer entrevistas para la recepción —le sonrió—. Por la noche podemos cenar en uno de los restaurantes que hay a la orilla del río y tomar una copa en el *Crimson Moon Café Live Stage*. Hay música en directo ¿O me vas a decir que tampoco te gusta la música?

Tess le sonrió.

—Bueno... pero por evitar malentendidos... no quiero nada con un hombre, no es personal, pero prefiero dejarlo claro.

Nathan asintió sorprendido ante su mensaje directo. ¿Tanto se le había notado que Tess le gustaba? Supuso que sí. Ya le habían dicho alguna vez que era demasiado transparente.

—¿Entonces puedo estar tranquilo de que no me vas a seducir para quedarte con mis viñedos, mis empresas y todo mi dinero?

Tess se rio ante la ocurrencia.

—Sí, puedes estar tranquilo. Te aseguro que no corres peligro a mi lado —le respondió sin tomarlo en serio—. ¿Cuál era tu nombre?

Nathan le sonrió. Intuía que no se había creído que tuviera tantas propiedades. Eso era algo que desataba con facilidad la ambición de cualquier mujer, o esa era la experiencia que él tenía desde hacía tiempo, así que no le importó mantenerla en su malentendido.

—Nathan —le recordó—. Nathan Murray.

La vio asentir con la cabeza y media sonrisa. Esa mujer tan bonita estaba de paso, y podía disfrutar de su compañía mientras tanto.

—Muy bien, entonces, si no hablamos de tu pasado y a mí mi presente me pone dolor de cabeza, podemos hablar del futuro —propuso Nathan—. Mañana tenemos el día organizado, pero ¿y pasado mañana? ¿Te apetece recorrer los viñedos de la zona? Es una bonita experiencia.

Tess sonrió.

—Me sorprende que, siendo tan caótico en tu trabajo —a juzgar por la mesa de la recepción—, seas tan organizado en tu vida personal. ¿Qué hacer en dos días?

—Solo estaba tratando de asegurarme de que volvería a verte —le respondió sincero.

—Bueno, creo que me quedaré por aquí —le respondió ella—. Aún tengo mucho en qué pensar.

La cena fue entretenida, hablando de cosas sin importancia y compartiendo las patatas fritas y las dos salsas elegidas.

Tess se sorprendió disfrutando del momento. Lejos habían quedado las razones que la habían llevado a esconderse tan lejos de su casa.

Volvieron al hotel paseando tranquilos bajo la fría noche que anunciaba el próximo principio del invierno.

—¿Duermes aquí también? —le preguntó Tess cuando se quitaron los abrigos al entrar.

Nathan miró a su alrededor.

—La verdad es que no —le sonrió distraído—, pero me pareció un buen gesto acompañarte hasta la puerta.

—No voy a perderme —le dijo con una mueca.

—Pero nos vemos mañana para cenar juntos —le recordó él.

—De acuerdo —asintió Tess dirigiéndose hacia el ascensor sin darle la espalda—. Nos vemos mañana.

No tenía nada malo cenar con alguien tan guapo y con tanta conversación interesante, se justificó. Tendría tiempo durante el día para pensar qué hacer con su vida.

Nathan la vio desaparecer en el ascensor. Le gustaba esa mujer. Fuerte, directa, segura. Vio que en la recepción no había nadie y el ordenador estaba apagado. Miró la hora en su reloj. Aun no era media noche. Seguro que podía meterse un momento en la banca on line y ver dónde había ido la parte de su dinero que no había sido capaz de encontrar.

Podría irse a su casa y hacerlo desde allí, pero no quería perder un momento mientras el sueño no se hubiera apoderado de él. Ya se iría del hotel cuando no pudiera mantener los ojos abiertos.



Tess no tuvo prisa por bajar a desayunar. Pensó en tomarse algo de camino al Spa. Aprovechó a quedarse más tiempo del que acostumbraba en la cama. No le importaban mucho los

amaneceres, ni la primera luz de la mañana, ni siquiera quería pensar en que tenía todo un día por delante para pensar qué hacer con su vida, puesto que no encontraba ni siquiera el punto por dónde empezar.

La noche anterior se había relajado con Nathan y había dormido de maravilla. Quién le iba a decir que iba a encontrar un hombre inteligente y tan guapo en ese pueblo perdido. Quizá no hubiera sido tan mala idea después de todo el haber hecho caso a la sugerencia de su hermana. Pero no se lo reconocería. Sharon no se lo echaría en cara, pero seguro que le sugeriría algo similar para su próxima escapada, y con una ración de bosque y vida natural cada muchos años ya tenía bastante.

Se vistió y preparó su bolso para ir al Spa donde pensaba pasar la mayor parte del día. No se maquilló y se recogió su cabello en una coleta alta.

Salió con una sonrisa en la cara y la perdió cuando salió del ascensor en la planta baja. La recepción volvía a estar ocupada por otro montón de personas.

Adivino quién estaría tras el mostrador y no se equivocó. Nathan con la misma ropa de la noche anterior estaba cogiendo las llaves del primer cliente que tenía delante.

¿Se podía organizar alguien peor? pensó acercándose por si podía serle de ayuda. Volvió a ver el desorden de papeles sobre el escritorio. Había bastantes escritos con altas cantidades, nombres de bancos, apuntes subrayados y signos de interrogación donde quiera que mirara.

Nathan no reparó en ella. Estaba cogiendo la llave de los clientes apuntando el nombre y dejándola sobre la mesa.

Tess dejó el bolso y el abrigo sobre la silla y se puso a su lado, sin apenas mirarle. Le cogió la llave que había dejado sobre la mesa y la dejó directamente colgando del número en el que debía quedarse en el cajón que había para ello ubicado en la pared. Hizo lo mismo con las siguientes llaves ante la aprobación silenciosa de Nathan.

—No tenemos agua caliente —le comentó con una sonrisa el último cliente— ¿Podría arreglarlo por favor para cuando volvamos de la excursión?

Tess se sonrojó visiblemente. Ella no había sido tan educada y cortés ante el mismo problema. El hombre de avanzada edad y ojos claros se lo había dicho sin apenas darle importancia.

—Por supuesto —le dijo Nathan tomando nota de su habitación y volviendo a dejar la llave fuera de su lugar.

Cuando se quedaron a solas, Nathan la miró agradecido. Estaba preciosa y se veía descansada y radiante.

—No es tan difícil dejar directamente las llaves colgadas en el número de la habitación que te dicen —le dijo no queriendo apreciar su bonita sonrisa—. Y el fontanero te cobrará la salida de nuevo. Si ayer le hubieras dicho que se pasara por el resto de las habitaciones, hoy te hubieras evitado tener que llamarle otra vez.

Nathan simplemente le sonreía.

—¿No buscarás un trabajo? Quiero contratarte —le respondió divertido.

Le gustaba cuando se ponía seria y eficiente.

Tess negó con la cabeza con una mueca. Ser recepcionista en un hotel no entraba en sus aspiraciones. Cogió su abrigo y su bolso.

—¿No has dormido?

Nathan se miró la ropa que llevaba puesta del día anterior.

—Me distraje un poco en el ordenador.

—¿Un poco? Más bien, bastante —le dijo con el abrigo ya puesto—. Si quieres dejamos lo de esta noche.

—No, ni hablar —le sonrió—. Dormiré por la tarde a no ser que quieras que quedemos a tomar algo.

Tess negó con la cabeza.

—No es mi intención. Te veré esta noche si estás por aquí.

—Pasaré a buscarte a las siete.

Tess asintió dejándolo tras la recepción. Solo se tomarían una copa con él, pensó. Eso no era nada malo. Probablemente buscaba sexo con ella. Eso tampoco tenía nada de malo. Era bastante atractivo, pero le daba la impresión de que era de los que no aceptaban un *no* como respuesta y ella no quería ningún tipo de compromiso ni de atadura ni de obligación.

Dudaba de que Nathan se conformara con un solo encuentro. O quizá a ella también le supiera a poco. De cualquier manera, no iba a comprobarlo. O por lo menos, no cuando todavía le quedaba una semana para estar allí.

Mientras llegaba su hora para ir al Spa, se entretuvo desayunando en una de las bonitas cafeterías de la calle principal. La *carrot cake* le supo a gloria y pensó que hacía muchísimo tiempo que no se tomaba unos días para ella sola. Claro que había tenido vacaciones en la empresa de su padre donde trabajaba, pero no había viajado a ningún sitio. La viajera era su hermana, no ella. Ella se había quedado allí, bien cerca, por si había algún problema en la empresa que requiriera acción inmediata.

Tantos años dedicada a la empresa. A su empresa. Para que se la quedara su hermana, recordó dolida. Que ella compartiera por escrito los beneficios o la titularidad no le consolaban el desprecio que había sentido por su propio padre.

¿Cómo se le había ocurrido decirle que no sabía liderar a las personas? ¿A quién le importaba eso? Ella era buena con los números. Eso era lo importante para que una empresa tuviera buenos beneficios. Tomar buenas y calculadas decisiones basadas en números y porcentajes. Resopló recordando. Le habían ofrecido seguir en su puesto de contable, pero el orgullo había hablado antes de reflexionar, algo que le pasaba con bastante frecuencia, y ahora estaba allí, sin trabajo, sin alicientes, sin expectativas.

Miró su móvil. Tenía varios mensajes de su hermana recordándole la fiesta de la empresa en la que su padre iba a anunciar su jubilación.

Suponía que debería ir. Los empleados no tenían por qué saber que la habían echado de su

propia empresa. Bueno, literalmente no la habían echado, se recordó, pero así se había sentido. Esperaba haber encontrado alguna idea sobre su futuro para entonces y salvaguardar un poco su herido orgullo.



A las siete menos cinco se miró en el espejo satisfecha con su imagen. Había salido muy relajada del Spa. Se sentía tan descansada y ligera como si volara, y eso se le notaba en la arruga normalmente habitual de su ceño fruncido, que casi había desaparecido. Se había puesto un corto y elegante vestido negro. Discreto y de buen gusto. Su maquillaje era bastante natural y había optado por unos zapatos negros con poco tacón. Ser alta y delgada por naturaleza le facilitaba bastante dejar los tacones en el fondo del armario.

Salió de su habitación para encontrarse a Nathan, guapísimo, apoyado en la pared del pasillo mirando su reloj con una rosa roja en la mano.

—¿Me estabas esperando aquí? —le preguntó extrañada y halagada al mismo tiempo.

—Estaba esperando a que fueran las siete en punto para llamar a tu puerta —le explicó dándole la bonita rosa de tallo largo.

La cogió extrañada y confundida.

—Esto no es una cita como tal.

—No se me habría ocurrido nunca que lo fuera —le respondió con una sonrisa.

—Pues la rosa me da qué pensar —le respondió irónica oliendo su aroma.

—Pues piensa en otra cosa. Cuando sea una cita lo reconocerás. No tendrás que pensarlo —le dijo con seguridad.

Tess le miró desconfiada.

—La pondré en agua —comentó distraída entrando en su habitación y dejando la puerta abierta.

¿Cuánto hacía que no le regalaban una rosa? ¿En el instituto? ¿Con qué clase de hombres se había relacionado que no le habían regalado flores?

La metió en una botella pequeña de agua sobre la mesilla y salió de nuevo al pasillo.

—¿Has podido descansar algo?

—Bueno, lo suficiente —le dijo cogiéndola de la mano nada más salir del hotel—. ¿Qué tal ha ido el Spa?

Tess le sonrió agradeciendo su cercanía. Hacía bastante frío.

—Muy bien —le respondió ella—. Estoy tan relajada que podía haber perdonado la cena y

meterme en la cama directamente.

Nathan sonrió divertido sin mirarla.

—Supongo que no es una invitación.

Tess le miró ruborizada.

—Claro que no —le respondió siendo consciente de la atracción mutua que había entre ellos.

—Me lo temía — Nathan le guiñó el ojo—. Vamos a un restaurante frente al lago ¿de acuerdo?

Tess se encogió de hombros

—Siempre y cuando no esperes que el postre sea yo.

—Pues no me importaría —le respondió Nathan risueño—. Pero no tengo prisa.

—Ni prisa ni expectativas, espero.

—Bueno, aun vas a estar unos días —le sonrió—. Quizá logre hacerte cambiar de opinión.

—¿Eso sueles hacer? —le preguntó molesta por el tono de la conversación.

—¿A qué te refieres?

—A insistir con una mujer hasta que acaba contigo en la cama para luego pasar de ella.

Nathan la miró extrañado.

—No sé quién ha sido el idiota que te ha hecho daño, Tess, pero espero que no nos juzgues a todos por igual —le dijo ligeramente molesto—. No he salido a cenar con una mujer en años, pero si crees que lo que pretendo es llevarte a la cama, con negarte tantas veces como te lo pida, lo tienes solucionado.

—No quería molestarte —le respondió Tess notando una incipiente tensión entre ellos—. Te dejé claro desde el principio que no quería ningún tipo de relación.

—Me quedó muy claro —le aseguró Nathan—. Por eso solo vamos a cenar y a tomar una copa.

Tess asintió mientras un silencio incómodo los acompañaba paseando hasta el bonito y acogedor restaurante con románticas velas en las mesas.

—Hay velas, sí, pero no voy a tratar de llevarte a la cama después de la cena —le comentó Nathan mientras se sentaban en la mesa reservada para ellos.

Tess le miró entrecerrando los ojos.

—¿Te supone algún problema?

Nathan negó con la cabeza.

—¿Llevarte a la cama? No. ¿Que te niegues? Tampoco.

Tess le miró levantando las cejas. Nathan negó con la cabeza.

—Tess, relájate —le recomendó—. Si algún día compartimos la cama, será porque nos apetece a los dos, no a mí solo y porque no puedo dejar de imaginarte en ella desde que te vi

envuelta en una toalla en la recepción.

Tess se sonrojó recordando el momento, y optó por no contestar mirando el menú que el camarero les había llevado.

No quería ninguna relación, de acuerdo, pero realmente tampoco estaría mal un encuentro rápido, sexual, sin compromiso con alguien tan atractivo como Nathan, pensó.

Sonó el teléfono de Nathan. Él lo miró disculpándose, leyó un mensaje y frunció el ceño.

—¿Tan difícil es encontrar una persona honesta para trabajar?

—¿No has encontrado a nadie para sustituirte en la recepción?

Nathan la miró confundido. ¿La recepción? ¿Quién pensaba en la recepción? Había entrevistado a cinco personas, pero no se había decidido por ninguna. Tenía la cabeza todavía dando vueltas al robo del que creía haber sido objeto.

—Bueno, una posible candidata... Creo que mañana volveré a llamarla —le comentó distraído—. ¿Qué tal tu día?

—He estado en el Spa.

—¿Todo el día?

—Creo que sí.

—¿No has ido a buscar oro, o al Museo de Historia?

—No. Ya te dije que no había venido a hacer turismo.

—¿A qué has venido exactamente?

—Bueno... necesitaba tiempo para pensar... —le explicó—. Digamos que el futuro que creía que tendría, desapareció, así que me toca inventarme uno nuevo.

Nathan asintió. Era demasiado pronto para preguntarle si él tendría cabida. Apenas se conocían, pensó mientras su teléfono móvil empezaba a sonar.

Le extraña el remitente.

—Disculpa. Será un momento —le dijo a Tess antes de cogerlo, sin levantarse de la mesa—. ¿Roger? ¿Pasa algo?

Nathan miró la hora conforme escuchaba al supervisor de su finca. Roger Davy le avisaba de que Enzo Gautier, uno de sus principales distribuidores, había llegado de visita sin previo aviso.

No era muy tarde. Enzo solía aparecer, cenaban amistosamente, pasaban una agradable velada, y seguía su camino. Probablemente estaría haciendo alguna ruta por la zona.

—Tess ¿te importa si trasladamos la cena a mi casa? —le preguntó cubriendo ligeramente el móvil con la mano—. Ha surgido un imprevisto.

Tess se encogió de hombros extrañada.

—Enseguida vamos. Sí, perfecto, que Deirdre prepare algo —le confirmó.

Miró a Tess cuando colgó.

—Negocios —le explicó—. Hay un distribuidor que cuando está por la zona, pasa por casa, y ahora mismo está allí. Se irá después de la cena. Te llevaré al hotel entonces, si te parece.

—Bueno, si molesto, puedo irme al hotel ahora —le sugirió comprensiva.

—No —le respondió Nathan—. Es un hombre muy agradable, y hoy habíamos quedado en ir a ver música en directo. Podemos ir después.

Pidió al camarero que ya les había tomado nota que preparara la comanda para llevar y sin problema, en unos minutos, salieron por la puerta.

Caminaron rápido al hotel para buscar el coche de Nathan.

—Esto no suele pasar —le comentó a Tess—. Bueno, aunque no suele pasar porque no salgo mucho de casa —sonrió—, pero el hotel ha desbarajustado un poco mi vida. Aún tengo que centrarme un poco con él.

Tess le sonrió ante el reconocimiento con humildad de lo que todavía tenía que aprender.

—Debería encontrar un director además de un recepcionista —le comentó—. Antes lo llevaba un matrimonio bastante mayor que vivía allí mismo, pero yo no puedo dedicarle tanto tiempo.

—¿Por qué lo compraste entonces?

Nathan se encogió de hombros.

—Porque nunca lo había hecho antes. No había dirigido un hotel...

Tess se sorprendió por la respuesta.

—¿De verdad? ¿Lo compraste porque nunca habías dirigido un hotel? —repitió su respuesta.

—Y porque querían jubilarse, venderlo e irse a Santa Mónica a disfrutar de la playa —le sonrió—. Soy un poco blando.

Los antiguos dueños le caían bien. Quería ayudarlos. Eran unos ancianos entrañables. Le dejaron un muy buen precio y la posibilidad de aprender sobre un negocio nuevo y que podía proporcionarle ingresos además de generar trabajo a los habitantes de la zona. Le gustaban los retos y ayudar a la gente, pensó satisfecho consigo mismo.

Tess lo miraba extrañada y sorprendida. ¿Comprar un hotel como un pasatiempo o para ayudar a unos ancianos? Nunca había oído nada igual.

—¿Te dedicas a algo más, además de a aprender cómo llevar un hotel? —le preguntó confundida.

Nathan la miró extrañado.

—¿Qué tiene de raro?

Tess se encogió de hombros. Nada más verlo lo había confundido con un simple recepcionista de hotel, torpe y desorganizado, y ahora se encontraba con que compraba un negocio para hacer un favor a unos ancianos y porque nunca había tenido un hotel. Realmente le llamaba la atención.

—No lo sé. Supongo que no me lo esperaba —le confesó mientras entraban por un camino de tierra rodeado de viñedos— ¿Dónde vamos? Creí que tenías una visita en tu casa.

Nathan asintió.

—Vamos a casa.

Tess miró la cantidad de hectáreas que se abrían ante ella, llenas de vides. El sol comenzaba a ponerse tiñendo el cielo de color rosa.

—¿Vives en un viñedo?

—Creía que ya te había dicho que tenía viñedos y propiedades.

—Sí, pero no creí que hablaras en serio.

—¿Por qué no? —le preguntó divertido.

Tess se encogió de hombros. Quizá lo había juzgado demasiado rápido. Era algo que su mente analítica, racional y ordenada, solía hacer. Encasillar a las personas. Pero era una muy buena manera de no llevarse decepciones.

Aunque, realmente, su vida era bastante tranquila y solitaria, reconoció Tess. No le gustaban las aventuras y se sentía muy cómoda en lo conocido. Ir a Dahlonga había sido un gran reto para ella, y lo había hecho porque necesitaba un cambio y para eso tenía que tomarse tiempo para pensar en él.

Si se hubiera quedado en su casa no habría sido capaz de pensar en otra cosa que en la decepción de no trabajar en la empresa familiar. Nunca se había planteado un futuro diferente y de repente, se había visto obligada a hacerlo, quizá por su orgullo, pero no le importaba.

Quería demostrarse a sí misma y a su familia, que podía buscarse una vida nueva, hacer algo distinto, aunque de momento no se le hubiera ocurrido absolutamente nada de nada.

Tess abrió la boca cuando llegaron frente a una enorme mansión empedrada de tres plantas.

—¿Vives aquí?

—Sí —le respondió Nathan sin darle importancia saliendo del coche para abrir la puerta de ella con el pedido del restaurante en la mano.

Tess no sabía qué pensar.

—Pero ¿quién eres?

—¿A qué te refieres? —le preguntó cogiéndola de la mano para entrar por la puerta.

Un hombre mayor, canoso y con una sonrisa amable les recibió.

—Roger Davy, ella es mi amiga Tess McVee —le presentó dándole la bolsa—. Guarda esto en la nevera, por favor. Dile a Deirdre que no hace falta que me deje comida para mañana ¿Dónde está Enzo?

—En el salón de las visitas —le explicó sonriente.

Tess miraba a su alrededor intentando disimular el asombro que sentía. Techos altos, suelos de madera, muebles de altísima calidad, escaleras de mármol hacia el piso superior...

Nathan se quitó su abrigo y cogió el de Tess cuando se lo quitó y se lo dio a Roger antes de dirigirse a un salón acogedor y tan elegante como el recibidor que había visto.

—¡Enzo! —saludó al hombre mayor que él, delgado y un poco más bajo— ¿Cómo va todo?

Le saludó con la mano palmeándole el hombro con afecto correspondido.

—Muy bien, Nathan, recorriendo la zona.

—Me alegro de verte. Enzo Gautier, esta es mi amiga, la señorita Tess McVee.

Enzo, un hombre de cabello oscuro salpicado de canas, ojos claros y sonrisa agradable asintió con la cabeza.

—Un placer, señorita McVee, y disculpad la interrupción.

Tess le saludó con una sonrisa.

—Enzo Gautier es uno de mis principales distribuidores —le explicó Nathan—. Mitad italiano, mitad francés, eso lo convierte en un gran experto en vinos.

Los dos hombres se rieron con estima y respeto.

—Ya sabes que mis puertas las tienes abiertas —le respondió Nathan afectuoso— ¿Podemos hablar un momento en la biblioteca? Tess ¿nos disculpas?

Tess asintió agradecida de poder pensar a solas y recuperar una expresión que no fuera la de incredulidad y sorpresa.

Nathan pensó en aprovechar la visita de su comercial y amigo para cotejar y comparar algunos de los datos que no terminaban de cuadrarle en sus asientos bancarios.

Tess se acercó a uno de los balcones del salón. El sol estaba terminando de ocultarse. Supuso que su hermana aprovecharía para hacer una foto de ese momento, en ese majestuoso paisaje repleto de vides. Sacó el móvil. La foto la hizo ella y se la envió. Sabía que no le tendría envidia. Sabía que, simplemente, se alegraría por ella. Pero seguro que se sorprendería del sitio en el que estaba.

Quién le iba a decir que conocería a un empresario vinícola con una mansión. Nunca se lo hubiera imaginado. Ella no sabía nada de vinos, y aunque su familia estaba acomodada económicamente, fruto del trabajo diario y el esfuerzo de su padre, ese era otro nivel al que ella nunca se habría planteado acercarse siquiera.

Roger entró al salón para ofrecerle una copa de vino que aceptó curiosa. No sabía nada de enología, vendimia ni viñedos, pero reconocía un buen vino cuando lo probaba y supuso que con eso le valdría para salir airosa de la situación. Un mensaje le llegó al móvil.

«Me alegro de que disfrutes».

Fue la respuesta de Sharon a la foto que le había enviado. Tess hizo una mueca. ¿Por qué su hermana lo veía todo como normal? Porque está acostumbrada a viajar y a probar cosas diferentes, se respondió a sí misma.

Ella se hubiera muerto de envidia si Sharon le hubiera enviado esa foto, reconoció.

Suspiró antes de entrecerrar los ojos. Un momento... Era ella la que estaba viviendo esa experiencia. Era ella la que había conocido a un hombre guapo y atractivo propietario de un viñedo. Era ella la que iba a cenar en su compañía, y bueno, la de su... distribuidor...

Ya era hora de que la vida le sonriera. Ya era hora de tener buena suerte. Sonriendo, decidió disfrutar de las vistas y de todo lo que la rodeaba.

Poco después volvieron al salón. Nathan tenía el ceño fruncido porque no había conseguido aclarar nada. Tess le miró preocupada. Nathan notó su gesto y se masajeó ligeramente la frente para despejar la presión que sentía.

La cena transcurrió distendida, agradable y con diferentes conversaciones en las que Tess podía participar. Le extrañó sentirse tan cómoda ante los dos desconocidos con los que compartía la mesa.

Cuando Enzo se despidió, Nathan la miró satisfecho. Era visible que Tess lo había pasado bien.

—Debo darte las gracias por tu compañía —le dijo con una sonrisa sincera.

Estaba convencido de que, si no hubiera estado ella, Enzo y él solo habrían hablado de negocios y dinero y ante la confusión en la que estaba inmerso, la cena se le habría indigestado con total seguridad.

—Bueno, lo cierto es que, pese a que todo está siendo una sorpresa, lo he pasado bien —reconoció sincera.

Nathan la miró. Estaban solos, sonriendo, mirándose a los ojos. Tess también pareció reparar en eso. Fue ella quien dio un paso atrás y carraspeó.

—Creo que debería volver al hotel —le dijo buscando con la mirada el armario donde estaba su abrigo y así romper la atracción que parecía que había entre ellos.

Nathan sonrió, aceptando su derrota. No le hubiera importado nada acabar la cita en su dormitorio. Tess había resultado ser más inteligente de lo que ya había supuesto que era. Además de su físico le resultaba atractiva su ironía, su rapidez de respuesta, y la autoridad que manifestaba cada vez que hablaba.

—Roger y Deirdre ya se habrán retirado —le comentó sacando los abrigos del armario.

Tess asintió cogiendo el suyo.

—Pareces más relajado ahora que cuando has llegado o has hablado con Enzo —le comentó para evitar pensar en acabar la cita en su dormitorio.

No había podido retirar los ojos de él mientras cenaban y hablaban. Su atractivo crecía por momentos y el contraste que había entre su sencillez y la opulencia que le rodeaba le resultaba intrigante.

—Bueno... ¿No conocerás un contable de confianza?

—Yo misma.

—¿Me lo dices de verdad?

—Puedo enseñarte mi currículum.

—No hace falta —le dijo cogiéndole de nuevo el abrigo—. ¿Puedes quedarte cinco minutos más, por favor?

Tess lo miró extrañada.

—Sí, claro...

Nathan devolvió los abrigos al armario.

—Vamos a mi despacho.

Tess lo siguió con curiosidad. También tenía un despacho, pensó. No era de extrañar en semejante mansión y por los negocios que parecía llevar entre manos.

—No suelo meterme en las cuentas de la empresa porque no sé nada de informática, ni siquiera me gusta, pero hace unos días no sé qué botón pulsé que accedí a ellas —le comentó— y, la verdad, no me gustó lo que vi.

—¿A qué te refieres?

Entraron en el espacioso despacho, junto al comedor de la planta baja. Nathan se acercó al escritorio y encendió la luz y el ordenador.

—No lo sé. No llevo control de las cuentas, pero creía que había más dinero en alguna de ellas.

Nathan le retiró la silla para que Tess se sentara frente al ordenador que ya se había encendido.

—¿Tienes alguna sospecha? —le preguntó extrañada.

—No. No sé —le confió—. La compra del hotel fue un poco por impulso. No calculé riesgos, pero era una buena oferta. No sé. Me da la impresión de que solo registra pérdidas pese a que desde que estoy detrás del mostrador no hago más que ver beneficios.

Tess sacó sus gafas para ver de cerca del bolso que llevaba con ella y se centró en la pantalla del ordenador.

—¿Tu contable trabaja desde aquí? ¿Desde tu despacho? —le preguntó empezando a mover el ratón y pulsar las carpetas que quería ver.

—No —le comentó distraído incorporándose sobre ella siendo muy consciente de su cercanía y de su embriagador perfume.

—Entonces habrá que entrar en la banca online. Mete las contraseñas —le pidió mirándole.

Nathan se perdió en sus ojos, en su eficiente mirada tras las gafas que le daban un aire tan profesional, en sus bonitos labios. Tess levantó las cejas esperando que él escribiera las claves.

Él parpadeó esforzándose por mantener la concentración en lo que ella le había pedido.

Tecleó los diferentes bancos con los que sabía que trabajaba, y las contraseñas.

—¿Tienes la misma contraseña en todos? —le preguntó incrédula.

Nathan se encogió de hombros.

—Más fácil de recordar ¿no?

—Y supongo que tu contable lo sabe.

—Claro —le respondió Nathan—. Tengo que confiar en él.

—¿Y de quién desconfías ahora? —le preguntó con ironía.

Nathan se sonrojó.

—Pues eso —le dijo Tess seria—. Vamos a ver qué veo, pero puede que nos lleve un tiempo.

—¿Preparo un café? —propuso Nathan.

Tess asintió sin mirarlo. Adentrarse en la contabilidad de cualquier empresa le encantaba. Le gustaba explorar, curiosar, comprobar los asientos contables, las anotaciones... Llevaba haciéndolo suficiente tiempo como para hacerse con rapidez y facilidad una idea del tipo de empresa que era, su rentabilidad y sus puntos débiles.

Poco después volvió Nathan con una bandeja y dos tazas de café.

—¿El contable es amigo tuyo? —le preguntó Tess mientras bebía un trago de su amargo café sin despegar los ojos de la pantalla del ordenador.

Nathan se encogió de hombros.

—Bueno, no tenía nada en contra de él hasta hace unos días, pero no tengo mucha más relación —le explicó—. Más o menos una vez a la semana le acerco todo lo que tengo y ya está. No me gustan los ordenadores, no los entiendo, ni quiero hacerlo, por eso lo delego.

—Le pagas muy bien, por cierto —le comentó Tess sorprendida por el salario que recibía—. ¿Te hace algo más además de llevarte la contabilidad?

Nathan volvió a encogerse de hombros.

—No, pero como tengo más de una empresa, pues supongo que el sueldo irá en función de...

—¿Él sabe que estás empezando a desconfiar? —le interrumpió mirándole a los ojos.

Era muy serio lo que estaba empezando a descubrir y le iba a llevar más tiempo de lo que pensaba.

—No le he dicho nada.

Tess asintió.

—¿Cuándo tienes pensado llevarle la siguiente documentación?

Nathan le señaló una caja oscura de cartón que había detrás de ella, en la estantería.

Tess se giró y la cogió.

—¿Me estás tomando el pelo? —le preguntó al ver retazos de papel con anotaciones junto con facturas y albaranes diversos, todo mezclado—. ¿Se lo llevas así?

Nathan volvió a encogerse de hombros.

—Ya te he dicho que no me gusta la contabilidad.

—Voy a empezar a entender por qué te cobra lo que te cobra.

Nathan sonrió ante su ironía.

—¿Qué opinas además de eso?

—Si me permites, te cambio ahora mismo las contraseñas de la banca online de manera que él no pueda entrar, pero te llamará en cuanto se dé cuenta y supongo que se pondrá bastante nervioso.

Nathan asintió.

—Puedo decirle que bloqueé las cuentas intentando sacar dinero, no sería la primera vez que hago algo así, aunque no con las cosas del banco.

Tess lo miró sorprendida. La contabilidad o la informática no le parecían cosas tan difíciles, aunque a su hermana alguna vez también le había ocurrido algo parecido.

—De acuerdo —aceptó Tess—. ¿Hay alguna posibilidad de que se presente en alguno de tus bancos y saque dinero en tu nombre?

Nathan negó con la cabeza.

—No. Suelo llevarlo todo on line.

—Pues vamos a ello. En cuanto lo descubra te llamara —le avisó Tess—. Pero hasta entonces, algo habremos descubierto.

—¿Tú también has visto alguna irregularidad?

—Bueno... hasta que no esté más segura no entraré en detalles —le indicó—. Supongo que tú se lo has puesto muy fácil si le entregabas en una caja tus gastos.

Nathan volvió a encogerse de hombros.

—No me gusta...

—Sí, ya me ha quedado claro —le respondió Tess seria—. Y supongo que confiarías en él ciegamente... y no te encojas de hombros, por Dios. Eres un hombre de negocios.

Nathan la miró sorprendido. Parecía que estaba enfadada de verdad. Cuando le había pedido ayuda no esperaba que se lo tomara de manera tan personal y responsable. De haberlo sabido, no se lo hubiera pedido nunca, o por lo menos, no sin hablar antes cuánto le pagaría por ello.

No quería que dejara de ser su cita y pasara a ser una empleada, y mucho menos ahora que había descubierto cuanto le excitaba verla con gafas, tan seria, tan disciplinada.

—Si no confío en la gente con la que trabajo, ¿qué me queda?

Tess lo miró por encima de las gafas como si lo examinara. De que era una buena persona no tenía duda, y si confiaba tanto en los demás, también estaba claro que era una persona de fiar. Negó con la cabeza.

—No se puede ir por la vida así —le advirtió ella—. Estos errores se pagan caros y no solo económicamente hablando.

Por unos momentos recordó el motivo que le había hecho salir avergonzada de la empresa familiar. Ella también había confiado en quien no debía. No. No había confiado, rectificó. Ella solo pretendía acostarse con un hombre. Había sido él el que, aprovechando que se quedaba dormida después de sus encuentros, se había metido en el ordenador de la empresa para robarle información.

Volvió a centrarse en lo que reflejaba la pantalla del ordenador mientras Nathan se sentaba al otro lado de la mesa frente a ella y la miraba detenidamente.

Le gustaba esa mujer. ¿Cuántas veces le había ocurrido eso en su vida? ¿Dos? Y la anterior lo había llevado al altar. No quiso recordarlo. Decidió disfrutar de la estancia de Tess en su casa, o solo en Dahlonga. Ya se vería hasta donde llegaban las cosas, pensó.

Un par de horas más tarde, Tess sonrió cuando vio a Nathan vencido por el sueño. No recordaba haber conocido a un hombre tan atractivo sin ropa de etiqueta. Cualquiera podría confundirlo con un simple peón o trabajador de cualquier lugar sin importancia.

Nunca hubiera imaginado que tenía tanto dinero, ni tantas inversiones en diferentes empresas. Le sorprendió que solo su contable se hubiera aprovechado de él. A ella apenas la conocía y le había dado acceso a todo sin ninguna resistencia.

Había descubierto diferentes descuadres en algunas operaciones, pero no le iba a pedir explicaciones a Nathan a esas horas de la madrugada. Se quitó las gafas. Era hora de irse. Al día siguiente podría continuar. Apagó el ordenador y al levantarse, Nathan se incorporó sobresaltado.

—¿Qué?! —miró a Tess adormilado—. Me he dormido... Disculpa.

Tess le sonrió.

—No pasa nada. Podemos seguir mañana.

Nathan asintió pasándose la mano por la cara para espabilarse.

—Perdona por ser tan desconsiderado. Te invito a cenar y te pongo a trabajar delante de un ordenador... —miró la hora de su reloj—. ¿Cómo se ha hecho tan tarde? Vamos a dormir.

Tess lo miró con una sonrisa mientras salían del despacho.

—Llamaré a un taxi para que venga a buscarme.

Nathan la miró.

—¿Por qué no te quedas? A estas horas no sé qué taxis habrá de servicio. Esta casa es muy grande, hay habitaciones de sobra que nadie ha ocupado nunca —le explicó—. Así mañana podemos seguir. Te prometo que te pagaré por todo lo que estás haciendo.

Tess negó con la cabeza.

—No pretendo que me pagues, me ofrecí a ayudarte.

—Pero yo pago esa ayuda —tiró de ella hacia las escaleras—. Quédate a dormir.

Tess se encogió de hombros.

—¿No tienes que volver mañana al hotel?

—No, a no ser que haya algún imprevisto —le explicó—. El fin de semana tiene personal diferente. Mañana te puedo enseñar el viñedo si te apetece, y podemos comer lo que hubiera sido la cena de hoy.

—De acuerdo —aceptó Tess siguiéndole por las escaleras hasta la impresionante planta superior.

Quedarse era la opción más lógica, y quizá excitante, reconoció, pero tenía muy claro que no iba a acostarse con él.

La misma elegancia y opulencia en el amplio pasillo que albergaba diferentes estancias, todas con la puerta cerrada.

—Este es el cuarto de baño —dejó abierta la puerta—. Este mi dormitorio —abrió la de al lado—. Y tú... —abrió la puerta de enfrente—, puedes dormir aquí... a no ser que quieras compartir mi cama —le sonrió bromeando.

Tess negó con la cabeza y una sonrisa.

—Gracias por la nada sutil invitación —le respondió divertida—. Me conformaré con compartir tu casa.

Tess entró en la elegante habitación de planta cuadrada y chimenea y enorme cama con dosel.

—Vaya... me voy a sentir como una princesa de cuento.

Nathan sonrió.

—Creo que te queda mejor el papel de reina —le respondió divertido—. Te traeré algo para dormir.

Tess asintió y se quedó sola en la habitación. Miró por la ventana. La luna llena iluminaba los viñedos, testigo de la calma y la tranquilidad que transmitían.

Nathan volvió con uno de sus pijamas en la mano.

—Espero que no te importe dormir con la parte superior. Supongo que te quedará grande. No suelo tener compañía femenina en esta casa.

—Será perfecto —le respondió cogiéndolo.

Y no tendrás compañía femenina porque no quieres, pensó. Con lo atractivo, inteligente y amable que era, le extrañaba mucho que las mujeres no hicieran fila para conseguir un anillo en el dedo.

—No te molesto más —le respondió visiblemente cansado antes de salir del dormitorio—. Espero que duermas bien.

Cuando Tess se quedó a solas se sentó con calma en la cama. No esperaba el giro de los acontecimientos. Sharon parecía tener razón cuando le decía que debía dejarse llevar por la vida y no tenerlo todo tan calculado. Suponía que se refería a situaciones como esa. Cambió su ropa por la parte superior del pijama azul marino que le había tendido y se tumbó en la enorme y cómoda cama. Sí, se sentía como una princesa, o quizá como la reina del cuento, sonrió antes de quedarse dormida.



Cuando Nathan se despertó a la mañana siguiente se levantó de la cama sobresaltado. Recordó que Tess había dormido en la habitación frente a la suya. Miró el reloj que había dejado sobre su mesilla y resopló. Era más tarde del mediodía. No pensaba dormir hasta tan tarde pero el cansancio le había vencido.

Salió del dormitorio sospechando que Tess llevaría un buen rato en el despacho y allí la encontró. Con las gafas que le daban un aspecto tan sexy, perfectamente peinada y vestida con la ropa que llevaba la noche anterior. Estaba totalmente centrada en la pantalla del ordenador. Se fijó en la taza de café que tenía sobre la mesa. Agradeció que no fuera tan remilgada y hubiera preparado el café. Se recriminó que estuviera siendo tan mal anfitrión con respecto a ella.

Entonces Tess levantó los ojos y lo sorprendió mirándola.

Tess disimuló con una tenue sonrisa todo lo que sintió nada más verlo. Despeinado, sin afeitarse, vestido solo con el pantalón del pijama, mostrando sin ningún pudor su torso desnudo y musculoso. Todo su cuerpo parecía reaccionar ante él excitándose sin poder evitarlo. Una corriente cálida la invadió haciendo que se sonrojara.

—Perdona, me quedé dormido —se justificó atractivo—. Subo a ducharme y bajo.

Tess solo pudo asentir con la cabeza y cuando se quedó sola se apoyó en el sillón de piel en el que estaba, soltando el aire que sin darse cuenta había retenido. ¿Pero de dónde había salido ese hombre? ¿Cómo podía ser tan atractivo y estar soltero? No pretendía casarse con él, ni mucho menos, pero habría que estar loca o ser ciega, para no hacer lo que fuera necesario para meterse en su cama.

Se pasó las manos por las mejillas. Debía centrarse, se dijo seria. Solo estaba repasando sus cuentas y solo se quedaría unos días por allí. Razón de más para acostarse con él cuanto antes, pensó a la vez. Negó con la cabeza ¿Por qué pensaba eso? Volvió a mirar hacia la puerta y luego a los asientos contables que veía en el ordenador. Debía concentrarse en eso, se obligó a pensar.



Nathan pasó por la cocina en busca de un café antes de volver al despacho. Llevaba bastante tiempo sin dormir tan relajado. Supuso que se debía a que había delegado todo el tema contable en Tess. De nada le servía a él dar vueltas a todos los números que veía en la pantalla del ordenador si no los entendía o no sabía qué buscar o cómo hacerlo.

Le fastidiaba mucho tener que buscar otro contable para su negocio. Él prefería buscar nuevas oportunidades de negocio, aprender sobre ellas, y delegaba con mucha facilidad lo que sabía que le distraía de ello. Lo primero que tenía que hacer era encontrar a alguien que sustituyera a Lucy en la recepción, y después buscaría otro contable.

Sabía que la posibilidad de obtener dinero de manera fácil era una tentación muy grande, pensó mientras volvía al despacho con otro café para Tess, pero eso no era justificación para quedarte con dinero ajeno, aprovechándose de la confianza de quien te pagaba.

Se sentó frente a Tess. Estaba preciosa aun sin maquillar.

—Te he traído otro café —le dijo consiguiendo que ella le mirara.

—Gracias —le dijo Tess prestándole atención.

Olía a gel de ducha y *aftershave*, y se había puesto un jersey de lana blanco y unos vaqueros. Para nada aparentaba lo que se podía esperar de alguien con su cuenta bancaria. Esperaba que tuviera más cuidado la próxima vez que contratara a alguien, porque el robo por parte de su gestor estaba cada vez más claro.

—¿Cómo lo llevas? ¿Has encontrado algo?

Tess le mostró un folio con unas notas escritas.

—Pídele explicación sobre estos cargos. No he visto su justificante por ningún lado.

Nathan asintió con una mueca. Aún tenía la esperanza de haberse equivocado en sus sospechas y no tener que buscar a otra persona para que le llevara las cuentas.

—Siento lo que te ha pasado.

Nathan asintió.

—Más lo siento yo. No me gusta nada tener que despedir a nadie o acusarle de algo.

Tess enarcó las cejas, extrañada.

—Eres un empresario con gente a tu cargo. Deberías estar acostumbrado.

—Pues lo cierto es que no he tenido grandes problemas al respecto. Si alguien trabaja bien y no me da problemas puede quedarse conmigo el tiempo que quiera.

—Y supongo que tus empleados lo saben.

Nathan se encogió de hombros.

—La gente no es tan buena —le avisó Tess dando un sorbo a su café—. Tu padre te lo debería haber explicado antes de pasarte la empresa.

Nathan la miró confundido.

—¿Mi padre? Murió cuando yo era un niño —le explicó—. Un accidente de tráfico. Mi madre murió poco después. Me crió mi abuelo.

—Oh... lo siento —murmuró Tess—. Creí que habías heredado la empresa... tu abuelo, entonces.

Nathan sonrió.

—Empecé a invertir con mi abuelo, pero él era un simple trabajador del campo —le comentó—. En la universidad tuve suerte y me rodeé de chicos inteligentes. Me moví en sus círculos. Para mí era un reto llegar a su nivel. Hice varias inversiones, gané mucho dinero... Entonces empecé a invertir en pequeñas empresas que analizaba minuciosamente con mi abuelo. Empezamos con una pequeña empresa de transporte. Nos lo pasábamos muy bien... aunque a veces perdíamos dinero —le dijo quitándole importancia—, pero siempre teníamos la confianza de que nos repondríamos en breve.

Nathan sonrió recordando las confidencias, las ideas compartidas... echaba de menos a su abuelo. Con él podía pensar en voz alta, compartir sus dudas, sus posibles nuevas inversiones, y aún no había encontrado nadie con quien tener esa misma relación.

Su exmujer se movía en ese círculo de amigos universitarios acaudalados, pero estaba más interesada en las fiestas sociales que en escuchar sus nuevos proyectos. Esa diferencia de intereses y alguna infidelidad de por medio por su parte, habían hecho que la relación se rompiera no de la mejor manera. A él le había costado cederle un par de las pequeñas empresas que tenía por entonces, pero, sobre todo, le había costado perder la confianza en las mujeres.

Desde entonces, apenas había mantenido ninguna relación por miedo a que lo quisieran solo por el dinero que tenía.

Irse a vivir a Dahlonga los últimos años de vida de su abuelo, y centrarse en los retos que le mantenían vivo, le había ayudado a incrementar considerablemente su cuenta bancaria y disminuir el recelo hacia las mujeres, pues no había vuelto a relacionarse con ninguna.

Tess lo escuchaba con atención. Veía cómo le brillaban los ojos al hablar de su abuelo y de sus inicios en el mundo empresarial. Sintió una punzada de envidia. Ella pocas veces había sentido esa emoción por algo.

Lo había juzgado mal, como tantas veces hacía últimamente. Creía que todo se lo habían dado hecho, como le había pasado a ella con la empresa de su padre. La empresa que ahora dirigía su hermana y de donde ella había huido, humillada.

Admiraba la humildad de Nathan, ese don de gentes, o esa facilidad que parecía tener para confiar en los demás. Incluso admiraba ese afán que parecía tener de aceptar retos.

Ella sentía que era todo lo contrario. Se conformaba y le gustaba moverse entre lo que conocía y no pretendía hacer nada diferente.

—¿Y qué es de tu vida, Tess? —Quería saber de ella—. Sé que eres contable porque si no fuera así no podría explicarme que te gustara estar delante del ordenador el fin de semana, ¿estás de vacaciones?

Tess lo miró echándose hacia atrás en su asiento. Él le había confiado su vida, incluso su dinero. Supuso que lo justo era ser sincera también con él.

—No estoy de vacaciones —le confesó—. Me fui de la empresa en la que llevaba casi quince años y que se supone que iba a heredar. Se la quedó mi hermana.

Nathan la escuchaba atento, sin juzgar, esperando que ella siguiera con su explicación.

Tess apretó los labios.

—Bueno... yo figuro en los papeles, pero... supongo que por respeto a mí misma —bajó la voz—, o por orgullo... me fui.

Nathan asintió.

—¿Estás buscando trabajo? Quédate conmigo —le pidió en un impulso—. Ya lo ves. Necesito a alguien de confianza que pueda gestionar mis empresas.

Tess le sonrió.

—Aunque eres muy confiado, no parece ser de los que se dejan llevar por una primera impresión. No me conoces.

—Sé lo que necesito saber —le aseguró él—. Te llamas Tess McVee, eres contable, eres buena persona y tienes carácter. Eres justo la persona que necesito.

Tess entrecerró los ojos.

—Vine solo unos días para reflexionar y descubrir qué hacer con mi vida.

—Pues ya has encontrado lo que buscabas —le aseguró Nathan—. Como ves, te necesito —le señaló el ordenador.

Tess miró al ordenador ligeramente decepcionada. Le hubiera gustado escuchar eso mismo referente a su vida sentimental y no por su trabajo. Miró a Nathan. Parecía sincero. Miró la pantalla del ordenador. Realmente necesitaba de alguien responsable y honesto para solucionar ese embrollo. Volvió a mirar a Nathan. Ella no tenía nada mejor que hacer. No se había planteado irse tan lejos de su familia. No le gustaba correr aventuras.

—Puedes intentarlo —le animó Nathan—. Quédate un tiempo. Te pagaré bien. Si Dahlonga no te gusta o no quieres trabajar conmigo puedes irte igualmente.

Tess no se podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero es que algo en su interior le estaba pidiendo casi a gritos que aceptara. Asintió con la cabeza. Podía probar, ¿por qué no? Que alguien necesitara de su trabajo tanto como la necesitaba Nathan era algo que nunca le había pasado. En su familia, en la empresa, se daba por hecho que iba a hacer las cosas bien. Era bonito sentir que la necesitaban.

La sonrisa de Nathan fue de alivio y gratitud. Le desaparecieron de repente todas las dudas que tenía al respecto de la contabilidad. Sentía que podía confiar en Tess. Quizá no debería haber sido tan rápido en contratarla, y más después de lo que le había pasado con el contable al que aún no había despedido, pero no tenía ninguna duda de que estaba más que cualificada para llevar sus empresas.

—Te invito a comer —le dijo satisfecho—. Hoy es domingo, no deberías estar trabajando.

Tess le sonrió.

—Tienes en la nevera la cena de ayer —le recordó Tess—. Pero, ya que volveré mañana, debería irme al hotel a cambiarme de ropa.

—De acuerdo, te llevo y te puedes traer toda la ropa aquí —le dijo levantándose de la silla

con energía renovada.

Tess lo miró enarcando las cejas.

—¿Por qué iba a traerme la ropa aquí?

Nathan la miró extrañado. De repente, dudas de otro tipo le asaltaron. ¿Y si ella no quería mezclar la relación personal con la laboral? Tendría que despedirla y volver a buscar otro contable. Le mantuvo la mirada. No quería otro contable más que ella, pero tampoco quería otra mujer diferente en su vida.

—¿Ya te estás arrepintiendo? —le preguntó Tess confundida por su mirada.

Ella se había hecho ilusiones de trabajar para él el tiempo que estuviera allí. Parecía un proyecto muy retador, por lo menos para ella, que no había trabajado en otro sitio que no fuera la empresa familiar.

—No —murmuró él pensativo—. Es que pensé que estarías mejor trabajando aquí que no viniendo todos los días desde el hotel, pero claro, tampoco pretendo que estés trabajando todo el día.

Tess asintió explorando su punto de vista.

—¿Por qué no lo dejamos como está y vamos viendo cómo funciona? —le propuso Tess—. Puedo venir en coche desde el hotel por las mañanas e irme al acabar la jornada.

—¿Y cuándo nos veríamos? —le preguntó Nathan.

Tess le miró divertida.

—Voy a estar trabajando en tu despacho, creo que sabrás dónde encontrarme.

Nathan frunció el entrecejo. Sentía que le estaba marcando las distancias y aún no habían empezado a trabajar juntos. Bueno, a él le gustaban los retos. Empezaría a trabajar con Tess como contable, pero encontraría la manera de que ella fuera mucho más en su vida.

—Pero hoy comemos juntos —insistió Nathan—. Vamos al hotel y volvemos.

Tess miró la hora.

—Podemos ir después de comer y así ya no hace falta que vuelva hasta mañana.

Nathan asintió. No había pensado en que ella pudiera querer pasar la tarde del domingo sola. Debía empezar a plantearse que acababan de conocerse y quizá ella no estuviera interesada en una relación de pareja. Apoyó la espalda en el respaldo del sillón en el que se había sentado. Si ese era el caso, tendría que convencerla de lo bien que podrían estar juntos, pensó.

Tess lo miró especulativa. No sabía qué era lo que podría estar pensando cuando la miraba de esa manera tan... ¿real? Sentía que la estaba mirando a ella, que había algún tipo de sentimiento detrás. Notó un pequeño hormigueo por su cuerpo y decidió centrarse en el ordenador.

El resto del día transcurrió tranquilo. Una buena comida acompañada de una conversación interesante, y una vuelta al hotel donde todo parecía que estaba tranquilo.

Nathan se quedó detrás del mostrador mientras ella subía a su habitación.

Tess se duchó con calma mientras exploraba sus pensamientos. Le estaba resultando cuanto menos curiosa la forma en la que se iban desarrollando los acontecimientos.

No se imaginaba viviendo allí, por supuesto. Ella estaba muy cómoda en su piso, cerca de casa de sus padres, cerca de la empresa... ya no trabajaba en la empresa, recordó. Pero podía encontrar alguna otra cerca de casa, decidió. Eso eran unas simples vacaciones para lamer las heridas, olvidar sus últimas decepciones y recargar las pilas para volver... y buscar trabajo. Suspiró. Si la empresa de Nathan estuviera en Boston, tampoco estaría mal. Quizá tuviera oficinas allí, aunque no le había parecido que eso se reflejara en sus asientos contables.

Decidió salir a cenar sola, caminando tranquila. Se sentía relajada, tranquila. Quizá por ayudar a alguien, quizá por darse cuenta de que era buena en su trabajo, en lo que hacía.

No había nadie en la recepción cuando bajó y se sintió ligeramente decepcionada. Le hubiera gustado encontrarse a Nathan, pese a que hacía muy poco tiempo que se había separado de él.

Salió a la calle y el frío la abrazó sin piedad haciéndole lanzar un exabrupto. Resopló. Se había relajado demasiado. La vida no era tan idílica como empezaba a sentir que podría ser. Se había puesto un vestido por si veía a Nathan, pero no volvería a hacerlo. Por lo menos no por la noche y para ir paseando hasta el pueblo.

Aceleró el paso y cuando llegó a la calle principal de Dahlonga entró en la primera cafetería que vio. Se conformaba con un sándwich siempre y cuando pudiera entrar y sentarse en un sitio caliente.



Al día siguiente, Tess llegó temprano a casa de Nathan. Roger le abrió la puerta, serio y la acompañó al despacho donde no había nadie.

A Tess le hubiera gustado haber visto a Nathan, pero supuso que estaría encargándose del viñedo o a saber de qué más. Le había quedado claro revisando la contabilidad el día anterior, que tenía diferentes empresas bastante lucrativas.

Se asomó al balcón del despacho. Tenía acceso directo a un jardín lateral tras el cual empezaban a verse los campos cubiertos de vides. Parecía un lugar muy tranquilo para vivir. Debía ser bonito estar allí... pero ¿qué estaba pensando?

Ese no era su sitio. Iba a revisarle la contabilidad a un amigo... ¿amigo? Era más bien un hombre muy atractivo que acababa de conocer.

Llamaron a la puerta y ella se giró para ver entrar a la mujer bajita y de sonrisa agradable que le llevaba una bandeja con un café y unas pastas.

—Se la dejo sobre el escritorio, señorita —le dijo amable.

Tess asintió mientras se dirigía al sillón tras la mesa. La mañana sería larga. Afortunadamente,

la tarde anterior ya había descubierto varios asientos contables que no le cuadraban e iba a continuar por ellos.

Cuando a última hora de la mañana Nathan apareció, Tess estaba bastante molesta. Nathan la observó con una sonrisa. Le gustaba verla allí sentada, en su escritorio. Eso necesitaba él, una socia, pensó. Pero no una socia para los negocios, algo que su abuelo le había advertido que no hiciera. Una socia para la vida. Alguien que lo complementara, que se divirtiera tanto como él a la hora de trabajar, con las ideas claras, la mente despejada... Lo había intentado con su exmujer y no pudo equivocarse más, pero por entonces era muy joven. Tess reparó en él.

—Siéntate —le exigió quitándose las gafas para mirarlo a los ojos fijamente— ¿Me puedes explicar qué tarjeta utilizas para tus gastos diarios?

Nathan se encogió de hombros. Parecía una profesora que estuviera dispuesta a echar la bronca a su alumno. Sacó su cartera y le enseñó las diferentes tarjetas que tenía dejándolas caer sobre la mesa.

—Es una broma ¿no?

—Abro una cuenta por cada empresa, y con ella me dan una tarjeta... Esta azul no la utilizo mucho...

Nathan se encogió de hombros. Normalmente, todos los justificantes los metía en una caja que daba a su contable. Tess lo miró seria. Claro que no era una broma. Eso explicaba los diferentes gastos que no tenían nada que ver entre las diferentes cuentas de cada una de las empresas.

—Casi me he vuelto loca pensando qué tenía que ver una compra de fertilizante en tu empresa de transporte, o un ticket de gasolina en una empresa maderera en Canadá.

—Bueno, no me fijo...

Tess le miró seria e implacable.

—Ya me he dado cuenta de que no te fijas —le respondió antes de volver a ponerse las gafas y organizar las tarjetas, asignando el nombre de la empresa asociada a cada una de ellas— ¿Te ha llamado el gestor?

—A primera hora —le explicó desinteresado— ¿Vamos a comer?

Tess lo miró antes de mirar la hora de la pantalla del ordenador.

—Es un poco pronto ¿no?

Nathan se encogió de hombros.

—Me siento un poco culpable por tenerte aquí trabajando cuando se supone que tú querías desconectar de todo.

Tess lo miró detenidamente. No había ningún rasgo de culpabilidad en su rostro. Más bien, su habitual sonrisa calmada.

—Bueno, no me siento muy culpable, la verdad —se corrigió—, pero he encontrado quien sustituya a Lucy en el hotel y quería celebrarlo.

Tess le sonrió. Admiraba su capacidad para aceptar que algo no se le daba bien y delegarlo.

—De acuerdo —aceptó ella.

A ella, simplemente, le apetecía estar con él. No iba a estar mucho tiempo más por allí y quería disfrutar de su compañía. Le dejaría la contabilidad lo más preparada y organizada posible para su sucesor y ella volvería a su casa.

—Te invito —le dijo cogiendo despreocupado una de las tarjetas que había sobre la mesa.

Tess le sujetó la mano por la muñeca con rapidez.

—Suelta eso.

Nathan obedeció sorprendido por el gesto. Tess fue consciente de su contacto, del calor que emanaba su piel. Se sonrojó y bajó la mirada buscando una de las tarjetas.

—Esta —le dijo carraspeando—. Utiliza esta. Olvídate de las otras hasta que hablemos al respecto.

Nathan asintió cogiendo la tarjeta que le daba y metiéndola en su cartera de piel.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Suponía que estaba corriendo el riesgo de dejar que Tess pensara que solo la quería como contable, cuando no era cierto. Quizá era mejor dejar las cosas claras cuanto antes.

Se giró y Tess que iba tras él a corta distancia chocó con su pecho. Él la sujetó por la cintura al verla perder el equilibrio.

—Perdona, no iba mirando —se disculpó dando un paso atrás haciendo que Nathan la soltara.

Nathan dio un paso hacia ella. El mismo que ella había retrocedido.

—Creo que tenemos que hablar.

Tess lo miró extrañada. Esa frase no le gustaba en absoluto. ¿Qué le iba a decir?

—No quiero que te confundas.

Tess enarcó una ceja. ¿En qué se había confundido? ¿Acaso no le había pedido ayuda para que le organizara la contabilidad? Puso los brazos en jarras. ¿O es que pensaba que por ir a comer juntos ella iba a creer que le ofrecía amor eterno? ¿Amor eterno? A ella le gustaba... pero de ahí al amor eterno... ¿Y qué si le gustaba, aunque fuera solo un poco? ¿O un mucho? Ya eran adultos. ¿Qué se creía? ¿O era por el trabajo? Nadie iba a hacerle dudar de lo bien que se le daban los números ¿Cómo se atrevía?

—¿Cómo dices? No he hecho más que organizarte medianamente tus cuentas y lo he hecho muy bien. Mucho mejor que tú, y por supuesto mucho más legal que ese gestor que tienes que ha sacado dinero de todas tus empresas aprovechando que utilizas todas tus tarjetas indistintamente. Vergüenza te debería dar, como para que ahora me digas que estoy confundida —exclamó furiosa—. Pero no te preocupes, puedo dejarlo todo como está y puedes apañártelas tú mismo.

Le esquivó yendo hacia la puerta ante la mirada atónita de Nathan.

—¿De qué hablas? —le preguntó cogiéndola del brazo.

—No me toques —le avisó soltándose de un tirón—. Esto es el colmo. Me pides ayuda... Me la pediste tú, y ahora me dices que me estoy equivocando. No llevo idea de llevar tu empresa, ni

de organizar tus finanzas y tampoco te estoy pidiendo ni te he pedido un sueldo por lo que estoy haciendo... ni mucho menos te he pedido que me invites a comer.

Tess miraba a un confundido Nathan. Volvía a sentir que se estaban aprovechando de ella. ¿Por qué tenía que darlo todo sin recibir nada a cambio? Lo había hecho en su empresa, pero era suya, al fin y al cabo, y también se había entregado a Connor cegada por la rabia y también se había aprovechado de ella de una manera mucho más dolorosa y humillante.

Fue a abrir la puerta, pero Nathan la cerró con su brazo impidiéndole salir. Tess lo miró con el ceño fruncido. Estaba demasiado cerca de ella.

—No sé de qué me estás hablando ni de qué me acusas —le dijo serio apoyando la otra mano también en la puerta para que ella no pudiera salir—, pero agradecería que me dejaras hablar antes de que saques unas conclusiones tan absurdas.

—¿Absurdas? —le preguntó Tess altiva y erguida, negándose a apoyarse en la puerta, pese a estar tan cerca de él— ¿Ahora soy absurda?

Nathan le mantuvo la mirada. A Tess le brillaban sus bonitos ojos castaños, y tenía la respiración agitada. ¿Qué le iba de decir? Lo había olvidado. Le daba igual. Ya se disculparía más tarde... por lo que fuera.

Cubrió sus labios con su boca mientras la apoyaba contra la puerta. Su beso fue duro, inflexible, exigente. No iba a darle tiempo de que pensara ni oportunidad de que se retirara. La abrazó por la cintura y la apretó contra él.

Tess se sorprendió por el sensual ataque. No entendía...no sabía... sus rodillas temblaban... la lengua de él invadió su boca... No...

Cuando él notó la rendición de ella entre sus brazos, dejó de besarla, sin ceder en su abrazo. Vio su mirada confundida, su expresión perpleja...

—Por Dios, Tess, no sabía cómo hacerte callar.

Tess fue a replicar molesta. Nathan volvió a besarla insistente, pero con más paciencia. Cuando notó que ella volvía a relajarse acabó su beso.

—¿Puedes escucharme sin interrumpirme ni hacerte ideas equivocadas?

Tess frunció el ceño. Ella no se equivocaba. Fue a decírselo y Nathan volvió a besarla de nuevo. Más despacio, más lento. Abrasaba, sus labios quemaban... Se separó de Tess y la miró sin palabras.

Tess asintió rendida.

Nathan asintió a su vez.

—Vamos a comer —le dijo cogiéndola de la mano—. Necesito que me dé el aire, pero no se te ocurra hacer suposiciones ni decirme nada hasta que yo no haya dejado las cosas claras.

Tess asintió dejándose llevar. Se sentía temblorosa, sofocada, confundida y excitada. Todo a la vez. Cogieron los abrigos del armario del recibidor con prisa. Cuando Nathan abrió la puerta, encontraron a un hombre trajeado, con su oscuro pelo engominado a punto de llamar.

—Nathan, venía a verte...

—Hola, Malcolm —le saludó Nathan saliendo por delante de Tess, impidiendo con su presencia que el hombre entrara a su casa—. Nos pillas saliendo de casa... no puedo atenderte...

Malcolm Douglass se fijó en Tess y miró a Nathan extrañado. No sabía que tuviera novia.

—Bueno, puedo entrar a tu ordenador desde tu despacho y arreglar... —le comentó, como otras tantas veces había hecho desde que llevara su contabilidad poco después de fallecer su abuelo.

—Mejor que no, Malcolm —le comentó con naturalidad Nathan—... hemos dejado el despacho un poco desordenado... te llamo mañana y hablamos...

Tiró de Tess y dejó al contable junto a la puerta, confundido y extrañado.

Nathan abrió la puerta de su coche a Tess y dio la vuelta para entrar él.

—No lo esperaba tan pronto —comentó distraído.

Tess lo miró asombrada.

—¿Ese es tu contable? ¿Cómo puedes estar tan tranquilo sabiendo lo que sabes?

Nathan la miró con una sonrisa atractiva. Parecía que le habían vuelto las ganas de hablar.

—Mañana hablaré con él —le dijo encogiéndose de hombros—. Ahora vamos a comer.

Puso en marcha el coche. Tess lo miró incrédula.

—¿No tienes sangre en las venas? ¿Te encuentras con un hombre que te ha robado lo que le ha dado la gana y te vas a comer tan tranquilo?

—Me molesta más que me haya traicionado la confianza que me haya robado dinero. El dinero se puede reponer, pero me ha obligado a buscar otro contable, cosa que no te puedes imaginar cómo me fastidia.

—Gracias por la parte que me toca —refunfuñó molesta.

—Bueno, tú eres otro tema aparte, que no sé cómo enfocar —le confesó mientras conducía distraído.

Tess lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué? Solo estaré unos días, no voy a cobrarte nada...

—Además... Ni hablar... Eso no es lo justo.... Te pido que...

—Me ofrecí yo...

—Me da igual, has hecho un trabajo y vas a cobrar por él, pero no es eso lo que me preocupa.

—Ah, ¿yo te preocupo?

Tess cruzó los brazos molesta. Lo que le faltaba por oír. Ahora le preocupaba que ella estuviera revisando su contabilidad. ¿Qué pensaba que iba a hacer al respecto? ¿Decírselo a alguien? ¿A quién se lo iba a decir?

Nathan aparcó frente a un elegante restaurante de fachada blanca. Fue a abrirle la puerta

mientras ella ya salía. La cogió por la mano, con los dedos entrelazados. Notó lo tensa que estaba y paró frente a ella.

Tess lo miró enarcando las cejas. Nathan le sujetó con ternura su rostro entre las manos. La besó, invitándola a que se uniera al beso. Sin prisa, con calma, suave. Tess se dejó llevar confundida. Apoyó su cuerpo en el de él. Le abrazó por la cadera. Las rodillas le temblaban. Se quedó sin aire.

Él con una sonrisa satisfecha la miró a los ojos y le cogió la mano para entrar con ella al establecimiento. Fue consciente de que la mano de Tess no mostraba ninguna tensión, se dejaba llevar, y esa sensación le gustó. Tess parecía auténtica, transparente. Tenía mucho genio, lo sabía y supuso que era necesario para estar con alguien como él, al que pocas cosas le importaban. Le abrió la puerta para entrar tras ella.

Un *maître* uniformado, les atendió con amabilidad y les condujo a una mesa íntima para dos antes de entregarles la carta y tomar nota de la comanda.

—¿De qué querías hablar? —le preguntó Tess directa, notando cómo empezaba a enfadarse de nuevo.

Nathan la miró detenidamente. ¿Por dónde empezaba? Apenas se conocían, pero lo poco que sabía de ella le gustaba.

Les sirvieron el vino que habían elegido. Tess bebió un sorbo.

—Me gustas —le dijo Nathan sin preámbulos.

Tess le miró fijamente dejando la copa. ¿A qué se refería?

El teléfono de Tess sonó haciendo que los dos desviarán la mirada a la vez. Tess miró quién llamaba. Sharon. ¿Qué podía querer? Miró a Nathan. Parecía que se había distraído de lo que le estaba comentando. El teléfono no parecía que fuera a dejar de sonar. Nathan esperaba paciente que lo cogiera. Tess finalmente respondió.

—Dime —le dijo molesta, a modo de saludo.

Antes de colgar la llamada su cabeza había empezado a dar vueltas. ¿Cómo se le había pasado tan pronto el tiempo? En una semana iba a tener lugar la fiesta de jubilación de su padre y tendría que volver a casa.

Aunque en un principio, por orgullo y vergüenza había preferido no asistir, había cambiado de idea. Nadie iba a pensar de ella que era una cobarde, o que se avergonzaba de que un hombre se hubiera aprovechado de su confianza.

Miró a Nathan. ¿Qué quería él? Amargos y humillantes recuerdos acudieron a su mente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Nathan preocupado.

Había notado su cambio de expresión.

—Nada —le mintió dando otro sorbo de vino para pasar el mal trago.

—Nada que me quieras contar.

—Por ejemplo —le dijo enfadada. No tenía por qué darle explicaciones. Además, por fin

había conseguido relajarse un poco y tenía que volver a casa. ¿Para qué? ¿Para hacer qué? Aún no tenía claro lo que quería hacer con su vida. Frunció el ceño, molesta con la rapidez por la que pasaban los días.

Nathan suspiró. Intuía que no era el mejor momento para hablar con Tess de algo serio.

—Te decía que había encontrado quien sustituyera a Lucy.

Tess lo miró seria. No, no me decías eso, pensó visiblemente molesta. Estaba diciendo que le gustaba ¿Por qué no seguía por ahí? Maldijo en silencio a su hermana. ¿Por qué tenía que haberla llamado en ese momento? Un hombre le estaba diciendo que ella le gustaba, y parecía sincero, se lamentó por la oportunidad perdida. Además, había ido a Dahlonga con intención de aclarar su vida y no estaba consiguiendo nada en absoluto. Fingió prestar atención a su acompañante. Si tenía que irse en unos días, quizá lo mejor fuera dejar las cosas como estaban, pensó resignada.



A mitad de mañana Nathan entró en el despacho. Había estado revisando la remesa de botellas vacías que había recibido para embotellar su nueva marca de vino y sabía que Malcolm estaba a punto de llegar.

Vio a Tess inmersa en la pantalla del ordenador. Lo cierto es que admiraba a quien podía sentarse horas detrás de una pantalla. Él, con su mente inquieta, era incapaz de hacerlo.

Se sentó frente a ella sin decirle nada. Encajaba tan bien en ese ambiente, pensó.

Tess lo había visto entrar, pero decidió ignorarle. Esperaba terminar de arreglar su contabilidad cuanto antes y no tener excusas para retrasar el momento de volver a su casa.

No sabía en qué momento se había enamorado de él y no le gustaba la sensación. Estaba lejos de su hogar y debía irse en unos días. Tenía a su favor todas las probabilidades para sufrir, y ya era mayorcita para esas cosas. Si una relación no podía darse, no se daba y punto, refunfuño en su interior.

—¿Si te diera unos presupuestos que he recibido podrías darme tu opinión?

Tess le miró por encima de las gafas.

—No me creo que no seas capaz de comparar presupuestos tú mismo—le dijo arisca.

Nathan le miró divertido. No sabía por qué estaba enfadada, pero era evidente.

—Solo quería que me dieras tu opinión.

—No la necesitas.

Nathan se encogió de hombros.

—Probablemente no la necesito, pero la quiero —le dijo sincero—. Llevo muchos años trabajando solo.

Tess le miró ahogando un suspiro.

—Me voy en unos días.

—No te vayas.

Se miraron a los ojos por un momento que pareció eterno.

Tess no se esperaba esa petición, pero ¿qué iba a hacer si se quedaba? Estaba fuera de su entorno. No le gustaban los cambios.

Nathan la miraba esperanzado. No tenía previsto volver a enamorarse, pero Tess se le había metido hasta lo más profundo de su ser.

La llamada a la puerta les distrajo de sus pensamientos.

Malcolm entró trajeado, peinado, con una sonrisa que se paralizó al ver a Tess frente al ordenador con toda la apariencia de alguien que sabía lo que hacía.

—Me ha abierto Roger —les comentó—. Habíamos quedado ¿no?

Miró a Nathan visiblemente incómodo.

Nathan asintió levantándose y ofreciéndole un asiento.

—Sí, Malcolm, siéntate por favor, hay algo que quiero hablar contigo.

Malcolm se vio acorralado y señaló a Tess, sin moverse de donde estaba.

—No sabía que tu novia supiera de contabilidad.

Tess lo miró fijamente dejando lo que estaba haciendo. Se irguió más todavía en la silla.

—¿Das por hecho que vamos a hablar de la contabilidad que estabas llevando? —le preguntó Nathan empezando a sentir que su enfado crecía por momentos.

Tess fue consciente de que no había desmentido la relación que creía que había entre ellos.

Malcolm apretó visiblemente los labios con fuerza y metió las manos en los bolsillos para tratar de esconder sus nervios.

—Si ella ha entrado en tus cuentas yo no respondo de nada, a saber, qué ha hecho —le comentó.

—Llevas a mi lado ¿Cuánto? Más de cinco años... y ¿me dices que no respondes por la contabilidad de la que te has estado encargando?

Malcolm lo miró avergonzado.

—Si ella...

—Ella nada, pedazo de cretino —exclamó Tess sobresaltando a los dos hombres—. Te estoy oyendo y me parece increíble tu actitud. Da las gracias a Nathan por la paciencia que ha tenido contigo. Yo habría llamado directamente a la policía y habría presentado tantas pruebas como tengo de que le has estado estafando de manera continuada año tras año —posó ruidosamente la

mano sobre el montón de facturas que tenía sobre la mesa.

Malcolm se vio acorralado. Nathan lo miraba impasible.

—¿Te... vas a fiar antes de una mujer que busca tu fortuna que de mí que llevo tanto tiempo a tu lado?

Tess salió disparada de detrás de la mesa para ir hacia él ¿cómo se atrevía a decirle eso? Nathan la retuvo por el brazo.

—Sí, cuando ella ha encontrado explicación a todos los descuadres que yo llevaba tiempo sin entender.

Malcolm dio dos pasos atrás ante la actitud amenazadora de Tess.

—Tú no entiendes de contabilidad, probablemente hay otra explicación —le dijo a Nathan empezando a sudar.

—¿Eres capaz de dármela sin ponerte más en evidencia? —le preguntó Nathan serio y frío.

Malcolm lo miró en silencio.

—Confiaba en ti —prosiguió Nathan—. Puede que no sepa tanto como tú de contabilidad, pero no soy idiota y sé manejar muy bien mi dinero... —miró a Tess— aunque utilice todas mis tarjetas o no encuentre las facturas de todo lo que compro.

Volvió a mirar a Malcolm.

—Tienes una semana para devolverme todo lo que me has robado si no quieres que te denuncie ante la policía.

Tess lo miró furiosa.

—¿Lo vas a dejar ir?

—Necesito más tiempo —le pidió Malcolm agobiado notando cómo le apretaba el nudo de la corbata.

Nathan se encogió de hombros.

—Una semana —le repitió inmutable.

Malcolm salió por la puerta nervioso y agobiado. Tess se soltó del brazo de Nathan.

—Me parece increíble que le hayas dejado ir como si nada.

Nathan soltó el aire que había retenido y se asomó a uno de los balcones. Estaba furioso consigo mismo, por no haber sido capaz de ver antes la traición de quien confiaba. Miró a Tess. Estaba murmurando entre dientes no sabía cuántas maldiciones.

¿Ella también iba a irse? No la quería para que le llevara la contabilidad. La quería como mujer, como compañera en su vida. Frunció el ceño. Con lo testaruda que era estaba decidida a irse, a volver a su casa, y él tenía que impedirlo.

Se acercó a ella sin escuchar apenas lo que le decía. No quería oírla. Solo quería refugiarse en ella, hacerle ver que la necesitaba, que quería su apoyo y su fuerza.

Tess le miró con el ceño fruncido todavía. Necesitaba mucho más para relajarse. No le valía con verlo salir como si nada hubiera pasado. Se había aprovechado de la amabilidad y la confianza de Nathan y la traición era algo que le costaba digerir.

Pero la mirada de Nathan escondía algo más, pensó.

—No te preocupes —le dijo ella compasiva—. Te lo voy a arreglar todo y si quieres puedo hacerte las entrevistas para encontrar un nuevo contable.

—Te necesito.

—No te preocupes. Te lo dejaré todo bien —le aseguró desviando la mirada hacia el ordenador.

Comprendía que podía sentirse dolido e inseguro. Ella sabía el significado de la palabra traición.

—No, Tess —insistió Nathan junto a la mesa—. Te necesito a ti.

—No te preocupes, de verdad —insistió ella al otro lado de la mesa—. Incluso podías contratar a dos contables sin que lo supieran entre ellos. Así te asegurarías de que se hacen las cosas bien.

—Tess, mírame —le pidió impasible.

Tess lo miró extrañada.

—Te necesito en mi vida.

Tess fue a replicar señalándole el ordenador.

—No me refiero al negocio. Encontraré otro contable, o dos como me sugieres —le dijo—. Estoy hablando de ti y de mí, Tess.

Tess se sonrojó y sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo. Estaba frente a ella, tan atractivo, tan vulnerable.

—Quédate conmigo —le pidió esquivando la mesa y colocándose frente a ella.

Tess le miró sin saber qué decir. Su corazón latía con fuerza.

Nathan esbozó una ligera sonrisa. No recordaba haberla visto nunca en silencio, sin tener algún motivo de queja. Cogió su rostro con suavidad entre sus manos y la besó en los labios.

Tess respondió al beso apoyándose en su cuerpo. Nathan la rodeó entre sus brazos. Tess pasó los suyos alrededor de su cuello para fundirse con él.

El beso se tornó exigente, rudo, excitado muy caliente. Nathan sentó a Tess sobre la mesa y se situó entre sus piernas. Tess se sentía incapaz de pensar, de parar, de dejar de sentir.

Cuando la presión en su entrepierna se hizo intolerable bajo los pantalones vaqueros, Nathan se separó de ella con un quejido. Tess fue hacia él instintivamente. Quería más. Lo quería todo.

—No puedo hacerlo aquí, encima de una mesa.

Tess parpadeó comprendiendo la situación y lo que habían estado a punto de hacer. Lo miró confundida. Nathan le cogió de la mano y sonrió divertido por la expresión frustrada de su cara.

Le dio un beso suave en los labios y tiró de ella alejándola del ordenador.

—No me malinterpretes —Tess enarcó una ceja a punto de decirle lo enfadada que estaba por su actitud decorosa cuando no había motivo alguno para ello—. Quiero que nuestra primera vez juntos sea especial, sea lo que tú quieras...

—Yo... —comenzó a balbucear Tess. Me hubiera conformado con hacerlo sobre la mesa, pensó frustrada.

—Ven, vamos —le dijo con los dedos entrelazados—. Te voy a enseñar el viñedo.

Tess parpadeó confundida.

—Espera... ¿Vamos a hacerlo entre viñas? ¿A plena luz del día? ¿Eso te parece mejor que hacerlo sobre la mesa?

Nathan le sonrió divertido. No le parecía tan mala idea.

—No, Tess. Iba a enseñarte mi propiedad para...

—A mí no me interesa tu propiedad —le recordó Tess—. He visto tu contabilidad. Puedo hacerme una idea muy clara de todo cuanto tienes.

Nathan asintió acercándose seductor.

—¿Estás diciéndome que solo te interesa mi cuerpo?

Tess resopló molesta soltándose de su mano.

—No me lées —le respondió volviendo tras la mesa—. Pensaba que nos íbamos a acostar juntos y ya está.

Nathan la miró extrañado.

—Creía que había sido claro.

Tess lo miró sentándose en la silla frente al ordenador.

—Sí, lo has sido —se explicó—. No quieres hacerlo conmigo sobre una mesa.

Nathan fue hacia ella.

—Quiero hacerlo contigo sobre una mesa, en los viñedos, a plena luz del día, en cualquier momento, Tess —le dijo serio—. Pero quiero que te quede claro que te quiero aquí, conmigo, en mi vida.

Tess le escuchaba atenta y sorprendida.

—Quizá nos conocemos desde hace poco tiempo, pero lo que conozco de ti me gusta. Me gusta mucho. No solo eso. Te quiero a mi lado, Tess. Estoy enamorado de ti desde que bajaste envuelta en una toalla para reclamarme el agua caliente en el hotel. Quiero que te quedes aquí, quiero darte lo mejor, y quería darte una noche inolvidable para que no pudieras alejarte de mí nunca.

Tess no sabía qué responder. ¿Eso le estaba pasando a ella? ¿Eso era real? Nathan le gustaba y mucho. Sabía que se había enamorado de él, pero no sabía qué hacer al respecto. No estaba preparada para eso. No había tenido en cuenta la posibilidad de que los sentimientos fueran mutuos.

—Pero tengo que volver a casa —se justificó. La fiesta de la empresa era el próximo fin de semana. Solo faltaban tres días.

Nathan la miró confundido.

—Tú sientes algo por mí.

Tess asintió. Creía que era más que evidente.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿Qué?

—Creía que habías venido para reinventarte y tienes la oportunidad perfecta para ello —le explicó señalando alrededor—. Tienes un trabajo nuevo si quieres llevando mis empresas. Tienes un hombre rendido a tus pies, Dahlonega es un sitio cómodo y tranquilo para vivir... Dime ¿qué más quieres?

Tess le miraba confundida. Sus palabras eran ciertas, pero... ¿tan lejos de su casa? En ningún momento había pensado quedarse allí. Solo había ido para replantearse su vida, reflexionar, encontrar un punto por dónde empezar.

Nathan soltó el aire que estaba reteniendo. No sabía si pensar que la estaba perdiendo, o si había equivocado sus sentimientos creyendo que ella le correspondía en cierta manera. Parecía ser real que ella no quisiera quedarse allí, pero él no podía seguirla. No cuando había tanto trabajo en los viñedos, o cuando le gustaba vivir en contacto con la naturaleza. Había probado a vivir en la ciudad y se sentía como un león enjaulado.

Quizá necesitaba un poco de tiempo para que ella se planteara esas propuestas, o para que él la dejara ir sin sentir que le arrancaban el corazón.

—Será mejor que vuelva al trabajo —comentó ligeramente decepcionado—. ¿Podemos cenar juntos esta noche?

Tess asintió con la cabeza. No sabía qué decir.

—Si no estás aquí, pasaré por el hotel a buscarte a las siete.

Tess lo vio salir. Parecía más enfadado por su negativa que por el desfaldo de Malcolm. No le gustaba verlo así, pero ella no podía hacer nada. Se sentó en el asiento frente al ordenador y se recostó en el respaldo con un suspiro. Había ido a pensar qué hacer con su vida y estaba más confundida que cuando había llegado.



Nathan encontró a Tess en el hotel y fueron a cenar a un restaurante de comida tradicional, con

acogedor suelo de madera y paredes blancas. Todavía se sentía frustrado por no saber qué hacer para que ella se planteara siquiera la posibilidad de quedarse allí con él.

Intentó sacar el tema varias veces a lo largo de la velada, pero Tess lo eludía con mucha rapidez. Nathan no estaba acostumbrado a rendirse, pero no conocía tanto a la bonita y temperamental mujer que tenía delante como para seguir insistiendo.

—Me voy en dos días —le comentó Tess mientras disfrutaban del postre.

Había estado postergando el momento de decírselo porque no sabía cómo se lo tomaría. Le había parecido muy sincero con sus sentimientos hacia ella y no quería hacerle daño.

Nathan sintió que el estómago se le encogía.

—Pero...

—¿Crees que habrás encontrado algún contable para que pueda entrevistarle? Te dije que te ayudaría.

Tess sentía que mientras hablaba su corazón se rasgaba a cámara lenta como si fuera de papel. Quería pensar que no pasaba nada, que todo volvería a la normalidad en cuestión de días, pero parecía ser que su corazón no tenía la misma idea.

Nathan apretó los labios, tenso. Una última vez, pensó.

—¿Estás decidida a irte?

—Tengo que hacerlo —había cogido la fuerza y la seguridad necesaria para volver a mirar a la cara a su familia después de su bochornosa humillación.

—¿No piensas volver? —le preguntó directamente.

Tess le miró a los ojos. Las palabras, para su sorpresa no salían de su boca. ¿Por qué le estaba costando despedirse? Solo llevaban juntos unos días...

Nathan asintió interpretando su silencio como una confirmación de su idea de irse. Bueno, no podía hacer más. Ella había tomado la decisión. Vio que tenía una de sus manos sobre la mesa y se la cogió.

Tess se estremeció con su contacto. Sintió que su cabeza empezaba a dar vueltas. Realmente no pasaría nada si se quedara... Nadie le echaría en falta en la ciudad... No tenía nada que hacer... Él le estaba ofreciendo un trabajo que realmente le gustaba... Podría venirle bien cambiar de aires una temporada... Quedarse no tenía por qué significar que fuera para toda la vida, se justificó...y, además, Nathan le gustaba, ¿a quién quería engañar? Podía intentarlo... Su corazón empezó a latir con más fuerza. Empezó a sentirse viva, emocionada... ¿Eso era el amor? Sentía que era capaz de gritar de alegría.

—Me gustaría haberme acostado contigo —le susurró Nathan con voz ronca—. Me gustas mucho, Tess. Me encantan tus ojos, tus largas piernas, ese carácter tuyo que hace saltar mi tranquilo mundo por los aires...

La miró a los ojos.

Tess escuchaba atenta, ligeramente nerviosa. Era el momento para decirle que podía intentarlo,

quería intentarlo... Cogió aire, decidida.

—Pero acepto una derrota cuando la veo —concluyó Nathan soltándole la mano—. Supongo que ha sido mejor no implicarnos más emocionalmente. Menos mal que uno de los dos tiene la cabeza en su sitio con respecto a este tema.

Nathan le sonrió con tristeza, apoyándose en el respaldo de su silla. Buscaba la distancia entre ellos. Realmente hubiera preferido que también ella se hubiera dejado llevar.

—No insisto más, no quiero molestarte —le dijo pidiendo la cuenta al camarero sin darle opción a que ella dijera nada—. Espero que tengas buen viaje de vuelta y encuentres en Boston lo que estás buscando.

Tess le miró sorprendida. ¿Qué? ¿Ya? ¿Así acababa todo?

—Me quedan dos días —balbuceó sintiendo que su corazón se encogía y las ilusiones que había empezado a hacerse se rompían en mil pedazos.

Podían aprovecharlos, estar juntos, ¿quién sabe lo que podía ocurrir?, pensó angustiada.

Nathan asintió.

—Sí. Estaré bastante ocupado. Tengo que buscar un nuevo contable y supongo que necesitaré ponerme al día personalmente con las diferentes empresas. Había delegado tanto que retomar algunas de ellas me vendrá bien... ya sabes, repasar informes, quizá invertir en publicidad u ofrecer nuevos servicios. Quiero sacar un vino nuevo...

Ella asintió con la cabeza. Sí. Ahí acababa todo. Sintió como una fuerte losa caía sobre ella... pero no iba a dejar que eso le afectara. Ella era más fuerte que una desilusión, que una decepción... Contuvo las lágrimas que amenazaban con salir sin intención de parar.



A mitad de mañana, Tess se quitó las gafas y se recostó en el asiento. Había dormido muy mal, sin dejar de dar vueltas a su frustrado intento de cambiar de vida, pero ya había cuadrado todas las cuentas en el ordenador.

Había dejado algunas notas escritas para que Nathan las revisara e incluso se las comentara al nuevo contable que contratara.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Quizá si la fiesta de la empresa no hubiera estado tan cerca podría haber alargado la estancia y las cosas hubieran sido diferentes. De cualquier manera, no tenía sentido darle vueltas. Suspiró con tristeza.

¿Y ahora qué estaba esperando? ¿Volver a ver a Nathan entrando por la puerta pidiéndole una nueva oportunidad? Ya se había cansado de intentar convencerla. Lo tenía claro. De nada servía alargar su estancia como si de una agonía se tratara. Esa aventura se había acabado y no tenía nada

más que hacer allí.

Después de asegurarse de que había guardado todos los cambios hechos, apagó el ordenador. Era mejor volver a casa cuando antes.



Nathan miró su reloj de muñeca. ¿A quién trataba de engañar? Se había prometido a sí mismo no insistir más, pero no podía dejar de pensar en Tess y de que llegara la hora de volver a verla.

Quería compartir con ella su vida, su trabajo, su cama... y estaba convencido de que ella sentía lo mismo. Un sentimiento mutuo tan fuerte, la atracción que sentían cuando estaban juntos, no podía ser una imaginación.

Si Tess necesitaba tiempo para acostumbrarse a la idea de cambiar de ciudad o de vida, él se lo daría, pero con un anillo en el dedo para que no se olvidara de cuánto la amaba cada vez que lo mirara.

Decidido volvió a su casa. Tenía el anillo perfecto para ella. El mismo que su abuelo había dado a su abuela cuando se comprometieron. Tess entendería de esa manera lo importante que era para él.

Sin perder más tiempo, subió a su coche y se dirigió a casa muy satisfecho con la decisión tomada. Estaba totalmente convencido de que ella diría finalmente que sí.

El camino de vuelta se le antojó largo y una sensación de incertidumbre se apoderó de él conforme conducía.

Bajó del coche con prisa nada más aparcar en la puerta y tras entrar en casa como una exhalación, subió los escalones hasta su dormitorio de dos en dos. Era poco más tarde del mediodía y Tess aún estaría en el despacho trabajando.

Abrió el cajón del aparador donde guardaba con cariño diferentes objetos que habían pertenecido a su abuelo y entre los que sabía que se encontraba el anillo. Abrió la cajita para asegurarse de que era la elección perfecta para Tess. El sencillo y bonito anillo de oro sujetaba una piedra ovalada de color ámbar. Le recordaba al color del fuego en la chimenea del salón en pleno invierno. Quizá a ella también le recordara al calor del hogar, el que él quería darle. Lo guardó en su cajita con el respeto que se otorga a las reliquias sagradas y sonrió. Su abuelo se alegraría por él.

Bajó las escaleras con el anillo bien seguro en su puño, convencido de que, esa vez, Tess no encontraría razones para irse. Le daba igual darle más tiempo para que se hiciera a la idea, pero por lo menos el compromiso entre los dos para pasar la vida juntos quedaría claro.

Abrió la puerta sin llamar.

—Tess...

Nadie. Todo estaba vacío. El frío silencio lo invadió. Se acercó al ordenador. Quizá había salido a hacer algo. Estaba apagado. Vio abierto sobre la mesa el cuaderno de notas con algunas directrices. Se pasó la mano con la cabeza agobiado.

Tess era muy responsable como para irse antes de su jornada laboral. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No quiso pensar en que se hubiera ido. Salió corriendo y en coche se dirigió al hotel. Si Tess estaba pensando en desaparecer como si no hubiera nada entre ellos no se lo pondría fácil.



Tess se miró en el espejo de la entrada de la casa de sus padres. Había quedado en pasar a buscar a su madre para ir juntas a la fiesta de la empresa. Le gustaba su vestido estrecho de color borgoña. Le recordaba al del vino y con ello recordaba todo lo que había vivido junto a Nathan.

—¿No me vas a contar qué te ocurre? —le preguntó su madre acercándose a ella para reflejarse juntas en el espejo.

Tess sonrió con tristeza mientras su madre parecía que se daba el visto bueno. Eran muy parecidas físicamente y le gustaba pensar que ella se vería igual de bien cuando llegara a su edad.

—Tu padre estará allí con Sharon y Brett...No sé cuántas veces me ha dicho «Agnes, no tardes» —le sonrió imitando a su marido—, pero a veces lo bueno, se hace esperar, ¿o no?

Tess se encogió de hombros. No había comentado nada a nadie de sus vacaciones, ni siquiera a Sharon cuando había ido a buscarla nada más enterarse de que había vuelto.

—¿Qué piensas, Tess? —le preguntó su madre directamente—. Te fuiste furiosa y decidida a olvidar lo sucedido, pero has vuelto triste y silenciosa. ¿Ha ocurrido algo?

Tess negó con la cabeza. Se sentía demasiado sensible para explicar nada. Tenía claro que debía practicar mucho más lo que había aprendido para gestionar sus emociones. Y también tenía que aprender a gestionar sus expectativas, se recriminó, apenada.

Había esperado que él hubiera ido a buscarla, que se presentara ante la puerta de su casa y delante de su familia le dijera que la amaba. Eso debía haber ocurrido ayer y nadie se había presentado para decirle nada. Así que, lo mal que había dormido había dado lugar a una sensación de tristeza que la acompañaba desde que había abierto los ojos.

No tenía ni ganas ni fuerza para buscar trabajo, pese a que sabía que volver frente a un ordenador la centraría de nuevo. Sospechaba que de esa manera dejaría de pensar en las tonterías en las que pensaba desde que había conocido a Nathan... al que debía empezar a olvidar, se recordó.

Sin poder articular palabra por no romper a llorar, cogió los abrigos de ambas y salieron de casa.



El salón donde se celebraba la fiesta en honor a su padre estaba bastante lleno de gente que Tess conocía. Algunos eran trabajadores, otros muchos eran clientes, y ver sonreír a su padre entre todos ellos, orgulloso de su carrera laboral, le hacía recordar la importancia de un trabajo bien hecho y una vida comprometida. Eso era lo que ella quería.

Vio a su hermana Sharon, tan guapa, tan perfecta, con un vestido azul que resaltaba sus curvas. Estaba compartiendo confidencias y sonrisas con Bret Harper, su novio y gran fichaje para la empresa. Suspiró sintiendo una punzada de envidia por la complicidad entre ambos. Le recordaba a la relación que podía haber tenido con Nathan. No podía quitárselo de la cabeza por más que lo intentara. Pero ¿qué podía hacer? ¿Volver a Dahlonga y decirle que lo amaba? Él había dejado claro que se rendía, que no quería tener una relación con ella.

Se acercó a la mesa de las bebidas segura de que todo sería más fácil de digerir si tomaba algo. Pidió un vino blanco espumoso mientras se reprendía por recordar a Nathan con solo la mención de la bebida que iba a tomar.

Se giró distraída y parpadeó dos veces cuando vio a Nathan frente a ella con su atractiva sonrisa.

—¿Cómo me has encontrado?

—Bueno, ha sido fácil —le explicó con tranquilidad—. En tu reserva del hotel figuraba tu dirección, y al buscar McVee en internet apareció la empresa de publicidad de tu familia.

Tess asintió confundida.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Puedes irte donde quieras, Tess, pero eso no dificultará que te encuentre.

Tess sintió que se ruborizaba mientras las rodillas le temblaban y un escalofrío recorría su cuerpo. Vio que su padre se le acercaba y le tendía la mano a Nathan como si lo conociera.

—Señor Murray, nos encanta que haya venido —Duncan le saludó con afecto—. Después de su visita a la oficina esta mañana para contratar nuestros servicios no estaba seguro de que aceptara la invitación.

—No pensaba perderme este momento —le aseguró convencido.

Tess los miró extrañada.

—Veo que ha conocido a mi hija Tess —le sonrió mientras Sharon y Agnes se acercaban a ellos con una sonrisa.

Nathan asintió.

—Sí, señor —le dijo serio—. Realmente venía a por ella.

Duncan McVee, Agnes y Sharon se miraron sin comprender y miraron a Tess que no despegaba la vista de Nathan.

—No lo he hablado con Tess todavía, porque su hija es muy hábil para salirse con la suya.

Todos lo miraron extrañados. ¿De qué la acusaba?

—Bueno... —empezó a decir Duncan mientras las dos mujeres daban un paso hacia Tess arropándola.

Nathan levantó la mano interrumpiendo lo que estaba a punto de decirle.

—Es perfeccionista, exigente, desconfiada, obstinada...

Tess lo miraba sin habla. Connor la había humillado, pero no había sido tan directo como Nathan. No podía ser que volviera a pasar por lo mismo.

—No sé si... —insistió el padre incómodo con la descripción tan detallada y realista que estaba haciendo de su hija.

—¿Me va a decir lo contrario? —le preguntó sin darles opción para contestarle.

Tess sintió cómo hervía de rabia. Notó como su madre apoyaba una mano en su espalda en señal de apoyo mientras la tensión reinaba entre ellos

—Está usted muy equivocado si cree que puede venir aquí a... —intervino Sharon indignada colocándose delante de su hermana.

Brett Harper se les acercó extrañado. Le costaba alejar la mirada de Sharon cuando estaban en la misma sala. Había supuesto que se trataba de una conversación familiar y había optado por mantenerse al margen, pero la tensión en los rostros le hizo cambiar de idea. Fue decidido a mostrar su apoyo a la que ya sentía su propia familia.

—No te enfades, cuñada —le sonrió Nathan—. No estoy diciendo nada que no sea cierto.

Sharon lo miró confundida antes de sonreír abiertamente al escuchar la palabra *cuñada* y mirar a Tess que seguía escuchando en silencio totalmente enojada.

—Tess, he puesto en tus manos mis empresas, mi fortuna, mi casa, mi vida... dime qué quieres para que seguir a mi lado —la cogió por las manos—. Aquí, con tu familia, en tu antigua vida, te ofrezco una vida nueva a mi lado. Si la quieres, es tuya. Si no, señores McVee, quiero que sepan que haré lo que haga falta para hacerle cambiar de opinión.

Todos miraron a Tess en silencio dando un paso atrás entre sonrisas inseguras, alertas ante la imprevisible reacción de la joven.

Tess sintió las miradas de todos en ella. Las palabras no salían por su boca. Miró a Nathan desconfiada.

—¿Qué me dices, Tess? ¿Quieres una vida conmigo o me vas a obligar a encontrarte si decides desaparecer otra vez?

Tess le miró a los ojos. Era sincero. Notaba su amor, su respeto, su confianza, su firme determinación.

Nathan la miraba con seguridad. No le importaba su respuesta, no le importaba si tenía dudas. Estaba dispuesto a pasar toda la vida convenciéndola si fuera necesario de que la amaba.

Tess solo pudo asentir sin palabras. Nathan la abrazó sonriente. Dándole un suave beso en los labios.

—Bienvenido a la familia, muchacho —le dijo Duncan con una amplia sonrisa palmeándole la espalda siendo imitado por Brett que había permanecido en silencio junto a ellos.

Sharon y su madre abrazaron a Tess sonrientes y emocionadas. Sabían que dejar a Tess sin palabras era difícil y que ese joven lo hubiera conseguido abriéndole su corazón en presencia de la familia, les había llegado al alma.

Tess no podía apartar sus ojos de Nathan. Su mirada estaba repleta de cariño, de pasión, de admiración, de respeto.

Nathan le cogió una de sus manos y tiró suavemente de ella para buscar un momento a solas entre tanta gente. Tess pudo ver cómo su familia los seguía con la mirada, sorprendidos y sonrientes.

La llevó junto a uno de los ventanales del salón y se puso frente a ella sin soltarle de la mano.

—No te esperaba —le dijo Tess reconociendo su valentía para ir a buscarla después de cómo se había ido sin despedirse siquiera.

—Supongo que no quise escucharte cuando me avisabas de que te ibas a ir, pero si tus decisiones implican alejarte de mí, creo que debo avisarte de que no suelo rendirme, Tess.

Tess le miraba en silencio sintiendo sus emociones a flor de piel. Ese momento era real. Él la conocía, sabía de su mal genio, de sus inseguridades, y aun así la quería.

Entonces, Nathan sacó una cajita de su bolsillo, la abrió y se la ofreció mientras se ponía de rodillas frente a ella. Tess se llevó las manos a los labios tratando de ocultar su sorpresa. Parpadeó emocionada mirando el bonito anillo dorado que tenía frente a ella.

—Te amo, Tess —le confesó sintiéndose vulnerable—. Siempre he sabido que quería a mi lado a una mujer fuerte, decidida, con carácter, que me hiciera sentir vivo... Esa mujer eres tú ¿Quieres casarte conmigo?

Tess asintió emocionada, feliz, mientras una lágrima furtiva recorría su mejilla.

Nathan le cogió la temblorosa mano y le puso el anillo que tanto significaba para él. Emocionado, sonriente, satisfecho, se puso de pie abrazándola. No se podía ser más feliz, pensó mirándola a los ojos antes de sellar con un beso en los labios, su promesa de amor eterno.

Tess se entregó al beso, enamorada. El amor la había encontrado cuando menos lo esperaba.



Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio positivo en Amazon para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Sharon y Brett?

Seguro que te gusta.

Encuétrala en este enlace: <https://amzn.to/2PUYx1v>

Otros libros de la autora

Un San Valentín para Hannah

Jason Davenport tiene que recuperarse del ataque al corazón que le ha hecho frenar en seco su ajetreado y apreciado ritmo de vida. Los médicos le recomiendan que se relaje, pero él no está dispuesto. Si no puede trabajar desde la oficina, lo hará desde casa, y para eso necesita un asistente personal, sin responsabilidades, que lo ayude.

Hannah Harris no se puede creer la suerte que tiene. Va a empezar a trabajar como asistente personal para el magnate de los negocios Jason Davenport. Recibirá un magnífico sueldo gracias al que podrá independizarse definitivamente... aunque su ataque al corazón le traiga dolorosos recuerdos

El pasado de ambos y el Día de San Valentín se interpondrá entre ellos obligándolos a enfrentarlo y a mirarse a los ojos.

¿Podrán sanar sus heridas y dejar al Amor, el espacio que se merece en sus vidas?

Descarga tu copia hoy haciendo clic en este enlace: <https://amzn.to/2MUzw5x> y disfruta de unas de las bonitas historias de amor de Annabeth Berkley.

Tres novios por Navidad

Kelsey Barret necesita un tiempo para reflexionar. Su novio a distancia la ha dejado y su trabajo no le satisface. Decide volver al hogar de su familia, del que guarda tan buenos recuerdos, y pasar allí la Navidad.

Faye Barret responde a la llamada de su prima para reunirse en la vieja casa de la abuela. Espera que a sus hijos les guste tanto como a ella y puedan distraerse de la primera Navidad sin su padre.

Charlize Barret decide tomar todas las vacaciones que le debe la empresa para la que trabaja y disfrutar con sus primas en el hogar familiar. Necesita relajarse del estrés de la ciudad y desconectar una temporada de su ajustada agenda laboral.

Lo que empezó como un homenaje a los recuerdos del pasado, se convirtió en un impulso para un futuro inesperado.

Encuétralo en este enlace <https://amzn.to/2JBbqed> y disfruta del Amor y del ambiente navideño en cualquier época del año.

Todo comienza en San Valentín (Serie Edentown)

Ella es amor e ilusión. Él, fuerza y realismo. Ambos aprenderán a confiar en su intuición, aunque la razón les diga lo contrario.

Gwen Anderson es feliz en Edentown. Se acerca el día de San Valentín, que además de su cumpleaños, es su día preferido de todo el año. Disfruta de su trabajo en la floristería, y el amor se respira en el aire.

Hudson Hughes responde a la llamada de su socio y acepta hacerse cargo del único gimnasio de la cadena de centros deportivos que dirigen, donde el boxeo aún no se ha implantado como actividad frecuente.

Los prejuicios de Gwen hacia el boxeo y la desconfianza de él hacia el amor harán tambalear una relación que ninguno de los dos esperaba y de la que ninguno quiere escapar.

¿Lograran que el amor sea más fuerte que la resistencia al mismo?

¡Descarga tu copia hoy haciendo clic en este enlace <https://amzn.to/38y0bgF> y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!